MENSAJE

FORMACION SOCIAL DE LOS HIJOS
MAXIMO PACHECO GOMEZ y ADRIANA MATTE DE PACHECO

¿PLENITUD DEL HOMBRE EN CHINA?
MANUEL VIRASORO

SENTIDO CRISTIANO DE LA PRODUCTIVIDAD
SERGIO MERINO CISTERNAS

ANIVERSARIO ESPIRITUAL
MICHEL RIQUET

MISION DEL GOBERNANTE
PIO XII

CONCLUSIONES DE LA SEMANA SOCIAL DE FRANCIA DE 1957

NOVIEMBRE — 1957.

MENSAJE

NOVIEMBRE 1957 - VOL. VI - Nº 64

DIRECCION:
Alonso Ovalle 1452 — Casilla 597
Fono 83226 — Santiago de Chile

DIRECTOR - FUNDADOR
(†) R. P. Alberto Hurtado Cruchaga, S. I.

DIRECTOR
José Aldunate Lyon, S. I.

SUSCRIPCION ANUAL:

Ordinaria.....	$	800
De bienhechor.....	"	5.000
para el extranjero...	"	3 USC.
para el extranjero (por vía aérea).....	"	6 USC.
Valor Núm. suelto.....	"	80

AVISOS:

1	página	$	18.000
1/2	"	"	9.000
1/3	"	"	6.000
1/4	"	"	4 500
1/6	"	"	3.000

S U M A R I O:

Pág.

FORMACION SOCIAL DE LOS HIJOS, por Máximo Pacheco G. y Adriana Matte de Pacheco 385

¿PLENITUD DEL HOMBRE EN CHINA?, por Manuel Virasoro 398

SENTIDO CRISTIANO DE LA PRODUCTIVIDAD, por Sergio Merino Cisternas..... 401

ANIVERSARIO ESPIRITUAL, por Michel Riquet..... 408

SIGNOS DEL TIEMPO:

Los protestantes de Hilversum 417
Compañeros constructores 418
Encuesta sobre las Vocaciones Sacerdotales 420
Acusaciones de "Time" contra el Catolicismo Francés..... 422

CINE:

"Los traperos de Emaús".... 424

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA 425

DOCUMENTOS:

Misión del Gobernante..... 429
Conclusiones de la 44.ª Sesión de las Semanas Sociales de Francia 430

Correspondencia con los Lectores

R. S. V.: "El último número que recibí es el de junio, no quisiera perder ninguno, pues considero de mucha utilidad la revista, es la única en su género en Chile. Nos da una orientación valiente y decidida en materias religiosas, sociales y económicas, tan necesarias en esta época de desorientaciones doctrinarias, especialmente en el plano nacional. Oportunamente le haré llegar una carta extensa donde presentaré algunos puntos de vista en forma de consultas. Como lector asiduo de *Mensaje* deseo hacerle una petición: ¿no sería posible lograr la publicación de artículos más numerosos de escritores extranjeros? Compañeros de trabajo la encuentran magnífica, pero no aceptan que siempre sean jesuítas los autores." *(suscriptor de Talcahuano).*

—No es fácil obtener colaboraciones constantes de escritores no-jesuítas. Este año hasta agosto, tenemos 12 artículos en un total de 25, escritos por autores que no pertenecen a la Compañía de Jesús. Sin contar numerosas notas publicadas en "signos del tiempo" y naturalmente documentos, cuyos autores no son jesuítas.

A. L.: "En *Mensaje* de marzo–abril, se publica un aviso sobre un Curso Teológico Universitario para 1957. Le ruego decirme si es posible extender este curso por correspondencia. En caso afirmativo, yo me inscribiría y pienso que tal vez personas de provincias tendrían también interés en seguir este curso. Aprovecho también para rogarle quiera indicarme donde podría adquirir el folleto del Padre A. Hurtado: "¿Es Chile un país católico?".

—Por el momento no nos es posible satisfacer su deseo del Curso Teológico por correspondencia; pero la idea ha sido muy bien acogida y esperamos poder realizarla en un futuro próximo. Sobre el folleto del P. Hurtado: hace tiempo que está agotado. Sin embargo, creemos que no sería difícil conseguirlo de segunda mano.

C. F.: "Con respecto al comentario de Cine de este número y anteriores, transcribimos una crítica que hemos oído formular a varios lectores de *Mensaje*. El análisis cinematográfico no puede ser hecho en una revista mensual y aparecer tres o cuatro meses después que la película ha sido proyectada en los cines de Santiago, donde se encuentra la gran mayoría de los lectores. Como orientación no sirve por falta de oportunidad y como visión retrospectiva tampoco, salvo si se trata de films de gran trascendencia doctrinaria o argumental. Estimo que *Mensaje* destinada a formar conciencia y a orientar al público católico sobre los grandes problemas del mundo moderno, debe publicar artículos de fondo sobre el cine, sus problemas morales y artísticos y sus proyecciones en la sociedad."

—A través del análisis de las mejores producciones cinematográficas se pretende precisamente orientar, hacer recapacitar a nuestro público sobre el valor moral y artístico del cine. Artículos de fondo, como usted sugiere, son más propios de la sección artículos. Tal es nuestro punto de vista; muy interesante nos parece su observación; esperamos con gusto otras críticas de nuestros lectores.

G. F. H.: "Me es particularmente grato dirigirme a usted para expresarle mis sinceras felicitaciones por la gran labor de cultura cristiana que emanan las páginas de su revista *Mensaje*. Indudablemente que a través de una proyección histórica el contenido humano que se palpa en *Mensaje* no es otra cosa que el reflejo fiel del pensamiento social de Cristo."—(suscriptor de Valparaíso).

L. H. P.: "Encuentro excelente a *Mensaje* por su seriedad y calidad de sus artículos; les deseo todo el éxito posible."— (suscriptor de Valparaíso).

(PASA A LA TERCERA TAPA)

NOVIEMBRE - 1957 MENSAJE VOLUMEN VI — Nº 64

El mensaje cristiano frente al mundo de hoy

La formación del sentido social en los hijos(*)

por MAXIMO PACHECO GOMEZ
y ADRIANA MATTE DE PACHECO

PARTE PRIMERA

1. *El Hombre*—La principal de las creaciones de Dios es el hombre, hecho a imagen y semejanza suya. Al crearlo, Dios se propuso darse a sí mismo a los que ama y elevarlos a participar de su propia existencia, mediante la comunicación de su vida por la justicia original primero y, perdida ésta, por la gracia que la redención nos ha merecido.

El hombre es una integridad vital compleja de materia y forma, de cuerpo y alma inmortal.

La materia humana es la combinación físico-química de productos naturales, sustancialmente igual a la de todos los demás seres creados.

La forma es la determinante de su perfección y está constituída por su alma inmortal.

El hombre no es un todo aislado en si mismo, que pueda realizarse en una existencia individual, sino que, por naturaleza, está inclinado a la vida social, a causa de las limitaciones que le son inherentes y en virtud de las cuales cada persona necesita de los demás para el logro de su integral desarrollo físico, intelectual y espiritual.

No se trata solamente de satisfacer las necesidades materiales del hombre: comida, vestido, habitación, etc., para lo cual es evidente la urgencia que tenemos de la ayuda de nuestros semejantes; sino, principalmente, la colaboración que se requiere para el desarrollo de nuestra personalidad espiritual. En este orden de ideas hay que tomar en todo su rigor el sentido de las palabras de Aristóteles que "el hombre es un animal político"; animal político por ser animal racional, porque la razón exige desenvolverse, mediante el concurso de los otros hombres, y porque la sociedad es de este modo necesaria para la realización integral de la personalidad humana.

2. *La Sociedad*—La sociedad es la que proporciona a las personas, las con-

(*) Trabajo presentado al Primer Encuentro del Movimiento Familiar Cristiano, celebrado en Montevideo del 24 al 30 de junio de 1957. El señor Pacheco es profesor en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile.

diciones de existencia y desarrollo que necesitan para alcanzar su plenitud.

El hombre, desde que adquiere conciencia, se encuentra formando parte de un mecanismo de relaciones sociales: la familia, de la que recibe la vida y la educación; el Estado, en el que desarrolla su existencia dentro de las fronteras de la nación; la sociedad internacional, en la que prolonga su vida política cooperando con otros grupos nacionales; y la Iglesia, en la que el hombre realiza su destino total, llegando a la plenitud de vida.

En consecuencia, la sociedad no es un mero producto ideal, una pura ficción, algo fuera de la realidad, sino que pertenece al orden del ser real.

Los hombres que viven en sociedad tienen relaciones entre sí; algo les afecta en común. A veces están relacionados por un mismo origen; otras, por aspiraciones comunes, y, siempre, por un fin que les es propio y a cuya realización deben tender.

Desde el momento en que los hombres forman una sociedad entran en una mutua relación, forman una unidad de orden. Padres e hijos, patrones y obreros, están coordinados entre sí. A este orden se le llama la forma de la sociedad, es decir, aquello que de simple pluralidad de miembros la constituye en unidad social.

Esta unidad de orden entre los hombres es de carácter moral y presenta como peculiaridad que las personas unidas no pierden sino que conservan su independencia natural y en ello consiste, precisamente, su carácter más distintivo, en que cada uno conserva su yo espiritual y personal; y que las actividades y funciones de los miembros de la comunidad se distinguen y mantienen diversas unas de otras en su realización.

3. *El Bien Común*—Toda sociedad tiene su fin propio, o sea, una finalidad intrínseca propia suya; está ordenada a algo que quiere o debe alcanzar o realizar; este fin se denomina bien común.

El bien común difiere del bien particular y no está formado, tampoco, por la suma de los bienes individuales, sino que es el bien propio de la comunidad.

Siendo el bien común un bien de orden, él es condición para que cada persona alcance los bienes particulares que le son necesarios y, en consecuencia, el respeto al bien común es indispensable para que cada hombre logre alcanzar su bien particular.

Luego, no existe oposición esencial entre el bien común y los bienes particulares; éstos están subordinados al bien común y se realizan en la medida en que respetan y mantienen el orden constitutivo del bien común.

Por esta razón el bien común es superior a los bienes particulares, en cuanto el bien de la muchedumbre es siempre superior al mismo bien de cada uno de sus miembros. Esta superioridad, como lo destaca Santo Tomás, sólo juega cuando se trata de bienes del mismo orden; si son de distinto orden, nada impide que lo propio sea superior a lo común.

El bien común y el bien privado se suponen y completan mutuamente, de tal modo que uno no puede existir ordenadamente sin el otro o contra el otro.

El bien común, como fin realizado por todos, promueve y perfecciona la personalidad humana y la unidad entre los hombres.

Por lo tanto, el hombre sólo puede lograr su fin privado si lo busca en el orden del bien común; así, al fomentar el bien común, incrementa, al mismo tiempo, su bien particular.

El bien del hombre depende, en gran parte, del bien de la comunidad. Así, por ejemplo, la buena educación de un hombre depende de las condiciones que existan en su familia, escuela, ambiente y nación. Es cierto que el hombre puede permanecer interiormente ordenado, aún en circunstancias sociales adversas, porque la voluntad, informada por la gracia de Dios, no está forzada a hacerse infiel a los ideales humanos; pero lo natural es que el hombre llegue a ser bueno no a pesar del orden social, sino favorecido por éste.

Por otra parte, el bien común de la

sociedad depende, en gran medida, de que los hombres estén ordenados interiormente. Así, una persona caprichosa, egoísta, alterará el orden familiar y social; y la codicia de un grupo asentará la injusticia social.

No obstante que el hombre y la sociedad están en relación de reciprocidad, sin embargo la persona como tal, prima sobre la comunidad, porque la sociedad existe para el bien de la persona y no la persona para el bien de la sociedad; es decir, todos los problemas sociales deben ser planteados y solucionados partiendo del hombre y para el hombre.

Como la persona humana es lo más perfecto que hay en toda la naturaleza, el bien común de la sociedad debe procurar el despliegue armónico y la perfección de la persona, ya que todos los valores de la comunidad existen para el hombre.

El fin de la sociedad es el desarrollo y perfección de la persona, pero al hacer esta afirmación no pensamos solamente en la persona considerada en sí misma e independiente de los demás, sino en el hombre como miembro de la sociedad y, por lo mismo, pensamos siempre en la sociedad.

Queda así señalado que la sociedad no es una simple condición para el desarrollo de la persona humana, sino que es una realidad supraindividual, aunque relativa, esto es, una nueva estructura supraindividual de valores.

El fin de la sociedad consiste en obtener y desarrollar, de un modo que sólo a ella es posible, los valores humanos; en dar testimonio de la grandeza y del poder creador del hombre como imagen de Dios; en reflejar, los atributos de Dios en un grado especial, que los hombres solamente pueden conseguir en un querer y actuar comunes. Se puede así decir, sin exageración, que la sociedad es una revelación especial de la excelencia e infinita plenitud de Dios.

La sociedad tiene el destino natural de servir al perfeccionamiento de los hombres, pero insistimos en que la sociedad tiene un valor propio y que el bien común tiene un valor en sí que se debe buscar como tal y no es una mera condición para la consecución de los bienes privados.

4. *La Iglesia Católica, Cuerpo Místico de Cristo*—De las sociedades de las que el hombre forma parte, aquella en que realiza su destino final, llegando a la plenitud de vida, es la comunidad santa y santificante de la Iglesia Católica.

Por la muerte de Cristo en la Cruz quedó constituída la Iglesia en su fundamento, porque desapareció el único obstáculo —el pecado— que impedía la entrada de la gracia al seno de la humanidad. Pero el día en que verdadera y formalmente nació la Iglesia fue Pentecostés, porque ese día desbordó por primera vez, desde la cabeza glorificada hacia los miembros, el Espíritu Santo.

San Pablo denominó a la Iglesia el Cuerpo de Cristo.

Cristo y la Iglesia forman un organismo misterioso pero real, aunque no de orden físico sino místico. Él es la cabeza, y el alma increada de este cuerpo es el Espíritu Santo. Habita primeramente en Cristo y desde allí fluye como un río de vida hacia los miembros. Es el principio y fuente de vida, lo mismo para cada miembro particular que para todo el conjunto.

En el Cuerpo Místico existe una gran variedad y diversidad de miembros atendiendo a las funciones que ellos están llamados a desempeñar. Con respecto a esta diversidad funcional, lo que importa en cada miembro y lo que determina su valer interno no es, precisamente, el sitio que le corresponda en virtud de la divina predestinación, sino que cumpla con perfección en el puesto en el que Dios lo ha colocado. Así, un miembro del Cuerpo Místico que ocupa un cargo con apariencia insignificante, si no opone resistencia a la gracia, puede ser de importancia decisiva para la vida de la Iglesia.

Cada miembro del Cuerpo Místico es, además, responsable y solidario de todos los demás; de esta manera, como dice San Pablo, "padece un miembro, todos padecen con él; y si un miembro es honrado,

todos los otros a una se gozan. (1.ª Corintios, XII, 4-27).

Por otra parte, al seno de la Iglesia están llamados no solamente los individuos si no también los pueblos, cuyos rasgos característicos y virtudes nacionales han ido forjándose a través de los siglos bajo la mirada y sabia dirección de la divina Providencia. También a cada uno de ellos les ha señalado Dios una misión y una tarea y el cumplimiento de esa misión en la Iglesia, como sociedad terrena, es lo que El exige a ese pueblo para la realización plena de su destino temporal.

El Cuerpo Místico se junta y estrecha por el amor de Cristo para constituir una maravillosa comunidad animada por la caridad, la más excelsa de todas las virtudes porque, al decir de San Pablo, "si hablando lenguas de hombres y de ángeles, no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Y si teniendo el don de profecía y conociendo todos los misterios y toda la ciencia y tanta fe que trasladase los montes, si no tengo caridad, no soy nada. Y si repartiere toda mi hacienda y entregare mi cuerpo al fuego; no teniendo caridad nada me aprovecha."

"La caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no es interesada, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera." (1.ª Corintios, XIII, 1-7).

La Iglesia es, pues, el Cristo continuado, prolongándose en el espacio y en el tiempo.

Es la totalidad de las almas unidas en Cristo, es su organismo sobrenatural, es la comunidad sobrenatural perfecta. Los santos en el Cielo —Iglesia triunfante— los fieles sobre la tierra —Iglesia militante— y las almas de los difuntos detenidas en el Purgatorio —Iglesia purgante— forman esa maravillosa unidad. Todos tienen una participación recíproca en los méritos y en los tesoros de la gracia acumulados en la Iglesia; cada uno es responsable por la suerte de los demás; los santos en el Cielo cooperan con los hombres que aún peregrinamos por la tierra; nosotros, podemos rogar por las almas del Purgatorio, y ellas por la Iglesia militante. Este es el sentido y trascendencia del artículo de fe que llamamos "la comunión de los Santos." (León von Rudloff: Breve teología para laicos. pág. 128).

5. *La Caridad* — El Evangelio de Cristo y la enseñanza de la Iglesia se cimentan en la ley de caridad. El Salvador indicó como rasgo esencial, característico e insustituíble de sus discípulos, el amor al prójimo: "Un precepto nuevo os doy: que os améis los unos a los otros como yo os he amado, así también amaos mutuamente. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos para con otros." (San Juan, XIII, 34 y sgs.). ¿Cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te acogimos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte? Y el Rey les dirá: En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis."

"Y dirá a los de la izquierda: Apartaos de mi, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y para sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber; fuí peregrino y no me alojasteis; estuve desnudo y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel y no me visitasteis. Entonces ellos responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o enfermo, o en prisión y no te socorrimos? El les contestará diciendo: En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo no lo hicisteis. E irán al suplicio eterno, y los justos, a la vida eterna." (San Mateo, 25, 31-46).

Y sus Apóstoles insistieron en la misma enseñanza. Así San Juan dice que "el que no ama a su hermano no ha nacido de Dios" (II, I). "Si pretendes amar a

Dios y no amas a tu hermano, mientes (IV, 20)." ¡Cómo puede estar en él el amor de Dios, si rico en los bienes de este mundo y viendo a su hermano en necesidad le cierra el corazón." (III, 17). Y el Apóstol Santiago expresa: "La religión amable a los ojos de Dios no consiste solamente en guardarse de la contaminación del siglo, sino en visitar a los huérfanos y asistir a las viudas en sus necesidades." (I, 27). Y San Pablo enseña: "El que ama a su prójimo cumple con la Ley." (Rom. XIII, 8). "Haceos por la caridad, servidores los unos de los otros, pues toda nuestra ley está contenida en una sola palabra: Ama a tu prójimo como a ti mismo" (Gal. V, 14).

Los Doctores de la Iglesia predicaron esta misma enseñanza. Así, San Agustín expresa que "La caridad es el único signo que distingue a los hijos de Dios de los hijos del demonio. Aunque impriman todos sobre su frente el signo de la cruz, aunque reciban el bautismo, aunque entren en la Iglesia, aunque formen como muros maestros las basílicas, sólo la caridad distingue a los hijos de Dios de los hijos del demonio. Los que tienen caridad son nacidos de Dios; los que no la tienen no participan del nacimiento divino. Reunid todas las otras condiciones, si ésta os falta las otras no sirven para nada; al contrario a falta de las demás, tenedla y habréis cumplido toda la Ley de Dios. Dios no nos manda más que amarnos los unos a los otros. ¿Por qué signos puede un cristiano conocer que ha recibido el Espíritu Santo? Que interrogue su corazón: si ama a su hermano el espíritu de Dios habita en él." (In. Ep. Jo. V. 6, 9 y 10).

Y San Juan Crisóstomo nos recuerda la vehemencia de San Pablo cuando nos dice: "No adornes las Iglesias si con ello olvidas a tu hermano; este templo es más augusto que aquél." (In. Mit. Hom. 4).

Como todo el problema de la responsabilidad social se reduce a una comprensión clara y exacta del misterio de la caridad, deseamos insistir en ella.

"La Caridad es acogedora y receptiva. Es acogedora: está pronta a dar lugar a todos sin distinción de caracteres, de opiniones, a todos los modos de vida. Receptiva: no opone ideas preconcebidas o gustos personales a las personas con quienes trata. Las recibe tales como son; se olvida de sí para vivir en ellas y mirar los problemas bajo su punto de vista."

"Ella es la que constituye el encanto de algunos espíritus ampliamente abiertos, a quienes todos se confían gustosos." "Se les puede decir todo", "porque a nadie oponen el muro de su personalidad y el conjunto de ideas, gustos, convenciones, costumbres, que están adheridas a su vida. Es el don supremo del director de conciencia, que trata a cada alma según las necesidades; es la fuerza esencial de algunos padres que ganan la confianza de sus hijos porque por ellos saben mirar la vida desde el punto de vista de ellos."

"La unidad exige heroísmo, obliga a no incrustarse, a nunca pensar en el yo, ni siquiera en los gustos y preferencias personales; exige estar dispuesto a un cambio completo, al vacío de sí al punto que solo el otro exista mientras uno se ocupa de él; y consagra la vida a los otros. Como el ser humano busca naturalmente su bien, este desprendimiento da vértigo; es una especie de abismo sin fondo, de negación de sí y uno no puede empeñarse en ello sin preguntarse a veces si tal actitud lo arrastrará a un aniquilamiento, si, a fuerza de no existir para sí, no se perderá toda personalidad, si a fuerza de comprender todo en los demás no se perderá todo pensamiento propio y toda fuerza de afirmación."

"Tanto más cuanto que la caridad no tiene otros límites que Dios. Ella no es compatible con ninguna forma de egoísmo; mucho menos con los egoísmos colectivos que con los individuales; no soporta ni egoísmo de clase, ni egoísmo de partido, ni egoísmo nacional. Mas tal perfección parece exigir una amplitud de espíritu, una información, una cultura intelectual, que condicionan la perfección de la caridad a un excepcional desarrollo humano." (Jacques Leclercq. Ensayos de Moral Católica. págs. 122 y 123).

El bien común del mismo orden está

por encima del bien particular y el deber de caridad del mismo orden hacia los demás prima sobre el mismo deber de caridad hacia un solo hombre. Debemos, pues, amar el bien definitivo de todos los hombres y de cada uno de ellos.

Entre las aspiraciones que despierta la caridad, el interés por el bien superior general debe ocupar el primer lugar.

En consecuencia, el primer deber de caridad es trabajar para que todos los hombres sean mejores.

Los hombres padecen la influencia del medio en que viven, de la atmósfera intelectual y moral que respiran. Por ello, la manera más eficaz de amar al prójimo es obrar sobre la sociedad, preparar una atmósfera social que lleve a Dios. Lo que la caridad debe resolver en primer lugar es la propagación de la verdad, su extensión, en la sociedad; la exigencia del apostolado es una auténtica exigencia humana.

El gran deber de caridad es el de que cada uno de nosotros sea en la sociedad un elemento útil al bien común, un buen ciudadano de la Iglesia y del Estado.

Para ser un buen miembro de la Iglesia es menester, ante todo, ser un buen cristiano, pero serlo, fundamentalmente por caridad, para que la Verdad resplandezca en nuestra vida. Para ello, es forzoso ser más instruído, estar más informado de las verdades de la fe, ser capaz de explicarla y defenderla de modo más razonable. "La Fe del carbonero es un pecado para quien no sea carbonero". Es necesario ser en la profesión u oficio el más trabajador, el más íntegro, el más activo, para que así el término católico sea sinónimo de valor; fundar familias que respiren virtud y amor; procurar que los más influyentes periódicos sean redactados por católicos que vivan su fe; que los mejores cines sean dirigidos por católicos; que los más bellos libros sean escritos por católicos; que los más influyentes políticos sean católicos; en suma, el principal deber de caridad es procurar que toda la sociedad dé testimonio de Cristo.

Además, debemos amar a todos los hombres en Cristo. El principio que a este respecto rige la caridad es el de la amabilidad, entendida en el verdadero sentido, de algo que despierta en otros el deseo de amarnos.

"Algunos están más cerca de Dios, o para hablar con más exactitud, permiten que Dios los invada más enteramente. Mientras más vive la gracia en ellos y la semejanza divina crece, son más dignos de ser amados. Los más amables son los más santos."

Hay que meditar a menudo en este pensamiento, porque pugna con lo que imagina el mundo.

El mundo ha dado a la santidad fama de aburrimiento y tristeza. Las palabras amabilidad y santidad no riman en su lenguaje. Y por más que los hechos digan que los santos fueron encantadores, por más que la historia los muestre arrastrando a su auditorio y subyugando a sus discípulos, el mundo se obstina en negar la evidencia y continúa cubriendo la santidad con un velo sombrío que aleja de ella a los ignorantes.

Los santos son los hombres más amables porque aman más.

El pueblo corre tras los santos; los persigue hasta en el retiro en que tratan de mantener oculta su sed de contemplación. ¿Será preciso citar nombres? El milagro de la santidad es haber tornado simpáticos a hombres que quizás no lo fueron por naturaleza.

Porque el don de despertar simpatías no siempre acompaña a la virtud. Algunos hombres simpáticos no son honestos; otros, honestos, no son simpáticos.

Pero cuando la virtud alcanza cierto grado, disimula lo que puede presentar de antipático, lo externo. Nada más curioso al respecto que la historia de S. Benito José de Labre, el santo mendigo, cubierto de harapos, sucio, llagado y del que se desprendía tal radiación espiritual que su miseria no repugnaba a quienes acudían de todas partes, venerándolo bajo sus andrajos, a pedir consejo y ofrecerle alojamiento... (Jacques Leclerq. Ensayos de Moral Católica. pág. 141).

El cristiano ama a los pecadores a pe-

sar de sus pecados, ama a los paganos a pesar de su paganismo, los ama en lo que tienen de bueno, a pesar de lo que tienen de malo y con el deseo de salvar sus almas y de ver aparecer en ellos el encanto por el cual el hombre se asemeja a Cristo.

Además es necesario que amemos al prójimo más próximo: los esposos entre sí, los padres por los hijos, los hijos por los padres y los hermanos entre ellos. Después de los vínculos del parentesco vienen los sociales. Una solidaridad nos liga con aquellos que tenemos más cerca, no importa el motivo. Es natural preferir los ciudadanos a los extranjeros, el unirse más con los que ejercen la misma profesión, aquellos a quienes nos acerca más la semejanza de gustos, ocupaciones, género de vida, condición social.

Por último, Cristo nos ordena amar a nuestros enemigos: "Amad a los que os aborrecen; haced el bien a los que os persiguen..."

Esta es una de las formas de la caridad más difíciles y menos obedecidas, no obstante la claridad del precepto.

Como muy bien precisa Santo Tomás, no es que podamos amar a los enemigos como tales, porque en tanto nos odian, son malos y no podemos amar al pecador en cuanto pecador; por ello no estamos obligados a amar a nuestros enemigos en cuanto enemigos, sino a pesar de esto, y para hacerlos amigos. Debemos amarlos como se ama a los pecadores y a los paganos, porque son hombres, amados por Cristo, y nuestro amor debe inclinarnos a mudar sus sentimientos, a convertirlos de enemigos en amigos.

PARTE SEGUNDA

Precisados, convenientemente, los conceptos de sociedad y bien común, recordada la concepción paulina del Cuerpo Místico de Cristo, y definida la caridad, debemos entrar a ocuparnos de la formación del sentido social de nuestros hijos.

La pedagogía contemporánea, coincidiendo con los principios metafísicos-éticos de Santo Tomás, afirma que su finalidad propia es la formación de la personalidad del niño.

En el presente trabajo nos ocuparemos de analizar de qué manera los padres podemos provocar que nuestros hijos tomen conciencia de que forman parte de una comunidad que persigue una finalidad propia, que trasciende los bienes particulares, y que, además, son miembros del Cuerpo Místico de Cristo, unidos por el vínculo de la caridad.

1. *La Educación en el Hogar* — El medio en que se desenvuelve la vida de los niños está constituído, fundamentalmente, por su propio hogar. Por consiguiente, la principal influencia a que están sujetos, proviene de la manera de pensar, sentir y actuar de sus padres. Al menos en los primeros años de su vida, el ambiente que encuentran en su propia casa no es susceptible de ser contrarrestado por otro tipo de influencias. La formación recibida en los primeros años tiene, por otra parte, una gravitación permanente, notablemente decisiva, en todo el resto de la vida del hombre. Esto quiere decir que el ambiente que puedan proporcionar los padres a sus hijos tiene una fuerza ejemplarizadora de enorme trascendencia.

Desde su más tierna edad los niños consideran ante todo a sus padres como sus guías y orientadores, tanto por el ejemplo que les dan como por la enseñanza que les predican.

En el medio familiar se admite frecuentemente por los padres que no hay que tomar en cuenta muy estrictamente los actos de los niños muy pequeños porque éstos no han alcanzado todavía "la edad del discernimiento", fecha desde la cual se presume que el niño adquiere el conocimiento de lo que es bueno y se hace capaz de querer libremente el bien. Esta concepción es absolutamente falsa. En primer lugar, no hay ningún momento en la vida del niño en el que éste pase súbitamente de la edad de la indiscreción a la del discernimiento. Los niños no son, en ninguna edad, ciento por ciento buenos, incapaces de mentir, desinteresados, caritativos, o ciento por cien-

to malos, mentirosos, egoístas, injustos, etc. Las concepciones y hábitos morales se van desarrollando en ellos gradualmente. Un padre que permita a su hijo cuando es muy pequeño, mentir, robar, faltarle el respeto a su madre, etc., suponiendo que todos los hábitos que dichas acciones van formando serán borrados por aquellos otros actos derivados de ciertas potencias misteriosas que harán su aparición en una época más tardía —en la llamada edad del discernimiento— da una muestra evidente de su ignorancia sobre lo que actualmente se conoce acerca de las leyes del desarrollo moral. El conocimiento del niño de lo que es bueno es simplemente una resultante compuesta por las acciones buenas que ha realizado, más sus generalizaciones sobre las mismas, por ello no tiene justificación el dividir a los niños en dos categorías: los que son capaces de conocer la diferencia entre el bien y el mal, y los que no lo son. No existe ninguna época de la vida a partir de la cual no se encuentre súbitamente revestido de la aptitud de discernir entre lo bueno y lo malo, sino que ésta es una toma de conciencia que se va realizando a través de toda la existencia.

Dada la sencillez de la mente infantil, la única manera de crear en ellos determinadas tendencias es la de provocarles simpatía o adhesión hacia hechos que susciten, por su propia naturaleza, esa simpatía o adhesión.

No es posible, por consiguiente, pretender que los niños lleguen a tener una cabal comprensión de su propia responsabilidad social. Creemos que, únicamente, se les puede interesar en algunos problemas que afecten a personas o familias determinadas, ya que son los únicos que podrían concitar su simpatía. La idea de la responsabilidad social es de una complejidad que no condice con la mentalidad simple de un niño. Por lo demás, la responsabilidad social tiene grados y, sin duda, va acrecentándose según la edad del niño.

En la medida en que, de hecho, vayan adquiriendo una mayor responsabilidad de este tipo, irá siendo más fácil que la entiendan.

Como la mayoría de las ideas, ésta de la responsabilidad social tendrá que irse tomando de la realidad. De consiguiente, un contacto con ésta, gradual y apropiado a la edad, deberá, forzosamente, ir creando un conocimiento susceptible de transformarse en esa noción más abstracta de la responsabilidad social.

Entre los niños muchos permanecen inadaptados y no se amoldan a los procedimientos comunes de educación. Por ello, una especie de dirección educativa no conviene a todos los tipos de niños y, cuando nos encontramos frente a un inadaptado es previo, antes de cualquiera medida correctiva, investigar las causas a las que se puede atribuir tal desvío.

Así, por ejemplo, los niños únicos, o los hijos menores, o los únicos en su sexo en un conjunto de hermanos, o los de una salud precaria, a quienes en su casa se ha atendido en forma solícita y se les ha satisfecho todos sus deseos, encuentran en el medio social un ambiente diverso y hostil y las dificultades que les surgen para una adaptación a la comunidad los llevan a una desorientación constante y a una búsqueda sin cesar de un apoyo.

Por otra parte, los niños físicamente mal dotados (los niños feos), los huérfanos, los hijastros, los ilegítimos, se manifiestan, generalmente, miedosos, desconfiados, rebeldes, agresivos, porque se sienten amedrentados.

Frente a estos niños, nada obtendremos con la aplicación de normas generales de educación. Debemos analizar su caso en particular y, precisadas las posibles causas de su inadaptación, atender preferentemente, a liberarlos de ellas.

2. *La Vida Diaria* — La gran escuela del sentido social es el trato diario con los hombres. La práctica más fecunda es el diálogo continuo con aquellos con quienes debemos normalmente alternar en razón de nuestras actividades.

En este trato con los demás, debemos estimular en nuestros hijos, ciertas aptitudes y refrenar otras.

Hay que estimular, en primer término, el interés por lo demás. Debemos enseñarles que en sus relaciones con sus amigos piensen, ante todo, en sus buenas cualidades, en sus problemas, en las cosas que a ellos les interesan. Debemos inculcarles la célebre máxima de Emerson: "Cada hombre que encuentro, en algo es superior a mí, y yo puedo aprender algo de el."

Enseñémosles a no juzgar a los demás y a evitar la crítica, en cuanto fuere posible y, cuando sea indispensable formularla, digámosles que se coloquen en el punto de vista del criticado ¿qué razones tuvo él para obrar así? ¿Cómo justificaría él su actitud? La reflexión sincera en el punto de vista del prójimo acallará muchas críticas en sus labios, les mostrará sus limitaciones y errores, hará crecer en ellos el aprecio hacia los demás.

Nuestros hijos deben aprender la práctica de las pequeñas atenciones. La caridad debe traducirse en obras, aunque éstas sean muy modestas. El saludo diario a los empleados, vecinos, compañeros, amigos; el demostrar efectivo interés por sus personas, por su trabajo, por sus preocupaciones, el felicitarlos por sus éxitos; el compartir sus penas; el ayudarlos en los mil pequeños detalles de la vida diaria, son todas manifestaciones del amor al prójimo.

Inculquemos a nuestros hijos el apostolado de la alegría; el que permanentemente estén alegres; el que miren con esperanza la vida, y el que procuren con su risa alegrar la vida de los demás. En nuestra época de hombres serios, de rostros tristes, de almas angustiadas, la risa de nuestros hijos puede traer paz a muchas almas. Todos los hombres tenemos una aspiración: la alegría; queremos ser felices. La persona alegre tiene una influencia inmensa; en cambio, un hombre, por más virtuoso que sea, si vive lamentándose de todo: del tiempo, de las costumbres, del trabajo, los hombres se alejarán de él.

¿Cómo conseguir que ellos tengan esa actitud alegre? Instémoslos a salir de sí y de sus preocupaciones absorbentes; que se olviden de ellos y se preocupen de los demás, de hacerles algún bien, de servirlos. Hagamos que comprendan que la felicidad no depende de lo que tenemos, sino de lo que somos. El católico que medita su fe nunca puede estar triste. Si piensa en el pasado, sabe que él pertenece a la misericordia de Dios; si medita en el presente, sabe que él depende de su buena voluntad, ayudada por la infinita gracia de Cristo; si se ocupa del porvenir, sabe que cuenta con el inmenso amor del Padre Celestial.

Grabemos en el corazón de nuestros hijos el pensamiento de aquel apóstol de la caridad en Chile que se llamó el R. P. Alberto Hurtado, quien, refiriéndose al valor de la sonrisa, escribió:

"No cuesta nada pero vale mucho. Enriquece al que la recibe, sin empobrecer al que la da.

"Se realiza en un instante y su memoria perdura para siempre.

"Nadie es tan rico que pueda prescindir de ella, ni tan pobre que no pueda darla.

"Crea alegría en casa; fomenta buena voluntad y es la marca de la amistad.

"Es descanso para el aburrido, aliento para el descorazonado, sol para el triste y recuerdo para el turbado.

"Y, con todo, no puede ser comprada, mendigada, robada, porque no existe hasta que se da.

"Y si en el momento de comprar, el vendedor está tan cansado que no puede sonreír, ¿quieres tú darle una sonrisa?

"Porque nadie necesita tanto una sonrisa, como los que no tienen una para dar a los demás."

Nuestros hijos deben aprender a conversar. Desde pequeños debemos enseñarles a no interrumpir a los demás cuando están hablando, a escuchar con respeto todas las opiniones, pero no solamente con respeto formal, sino íntimo, procurando comprender y asimilar todo. Enseñémosles a no discutir, porque, generalmente, nada hay más inútil. Aun, en materia religiosa, una discusión no convence a nadie, Si la persona no está preparada,

* *

¿a qué discutir con ella? En cambio, si una persona tiene sincero deseo de conocer una doctrina, a ella sí que se le puede exponer.

Enseñemos a nuestros hijos que en sus conversaciones no dogmaticen. Quien quiera persuadir a alguien de algo, debe comenzar por convencerlo de que es su amigo sincero y que desea su bien. El camino hacia la cabeza comienza en el corazón. Por algo dijo Nuestro Señor: "Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra". El hombre sencillo, que procura conocer a los demás, que se adapta a su manera de ser, que se ciñe a la ley de la verdad, solamente ese penetra en las almas.

Que nuestros hijos caminen por la vida con los ojos abiertos a las necesidades del prójimo, como el buen samaritano, y que las obras de caridad se transformen en ellos en un hábito.

Estimulémoslos a socorrer a las personas necesitadas; a trabajar por ellas y con ellas, ayudándolas a ayudarse a sí mismas, evitando el paternalismo degradante.

Pero debemos insistirles que la limosna que dan no es todo; apenas es la introducción a nuestros deberes de hombres y de cristianos y que incluso las obras organizadas de la caridad son sólo un paso, notable sí, dentro del cumplimiento de nuestras obligaciones para con los demás, las cuales sólo se cumplirán integralmente, en la medida en que colaboremos, directa o indirectamente, para dar a la sociedad una estructura política, económica y jurídica más justa y conforme con las necesidades humanas.

Además, los padres debemos mantener un permanente diálogo con nuestros hijos sobre el pasado histórico, con un sentido realista y verdadero, procurando no solamente darles a conocer los hechos de armas, sino resaltando las actividades cívicas.

Que la vida de hombres ilustres que se distinguieron como intelectuales, científicos, poetas o santos, estén continuamente presente como ideales de vida.

Finalmente, los padres debemos preocuparnos de los libros que leen nuestros hijos y fomentarles la lectura de obras históricas, relatos de viajes, biografías de hombres célebres, particularmente santos, políticos y científicos, y el conocimiento de la doctrina social de la Iglesia.

3. *Amistad* — Debemos inculcar a nuestros hijos que nada ennoblece tanto a un hombre como una verdadera amistad, y que la amistad entre los cristianos se apoya en el deseo común de elevarse a Dios; que supone que se encuentre en el amigo un sostén y ayuda a esta elevación del alma; que la amistad sirve a los amigos para elevarse juntos; que el intercambio de ideas y sentimientos comunes ayuda a estimularse mutuamente en el servicio de Dios.

Por ello, debemos fomentar la sociabilidad en nuestros hijos, el que alternen con camaradas de colegio, de barrio, de Universidad, porque esa familiaridad, que nace de la vida, puede dar origen a una verdadera amistad.

Para que ello sea realidad es necesario, también, que en nuestros hogares se practique la hospitalidad, en la forma que sea compatible con las posibilidades de la familia y que la medida de ella no sea principalmente nuestra capacidad económica sino la necesidad del huésped.

Debemos procurar que nuestras casas sean limpias, ordenadas y alegres y que siempre estén dispuestas a recibir al que llega a su puerta.

Que nuestros hijos no teman llevar a ella a sus amigos y que éstos sean siempre bien acogidos. Y lo que hace la buena recepción no es el lujo que se ostente o las comodidades materiales que existan, sino el calor de hogar y el afecto que les demostremos.

En las visitas que hacemos a amigos o parientes enfermos, debemos hacernos acompañar por nuestros hijos, en la medida en que la prudencia lo permita.

Y que nuestros hijos hagan otro tanto, que visiten a sus amigos, compañeros o vecinos que se encuentran enfermos. Que se interesen por conocer la causa por la cual faltan sus condiscípulos al cole-

gio. Que procuren, en la medida de sus posibilidades, aliviar su situación, llevándoles golosinas, libros, revistas, etc.

4. *La Oración*—La plegaria por el prójimo ocupa un lugar importante en la formación social del apóstol. Rezar por los demás es uno de los más perfectos actos de caridad y también uno de los más eficaces. Debemos enseñar a nuestros hijos a rezar por las necesidades de la Iglesia, por los cristianos que sufren persecución por la justicia, por los problemas del país, por el éxito de las colectividades a que pertenecen, por el bien de su colegio, por las necesidades espirituales y materiales de sus parientes y amigos y por las almas de los difuntos. Esta manifestación de la caridad es, además, una de las que más contribuye a la bondad del corazón. La plegaria por los demás crea en el alma del niño el hábito de la caridad, le proporciona la seguridad de que no se ocupa sólo de sí, sino de una sociedad en la que debe hacer circular intensamente la vida divina para que los hombres alcancen la felicidad.

Para hacer esto realidad, consideramos aconsejable la oración en común de padres e hijos en el hogar por las necesidades del prójimo, no tan sólo en términos genéricos sino específico: por la situación de la Iglesia en Hungría, por el Colegio, por determinado pariente o amigo.

5. *El Apostolado Religioso*—Para formar en nuestros hijos el sentido auténtico del apostolado religioso, que se traduce en atraer a las almas al Cuerpo Místico de Cristo, consideramos que es necesario inculcarles ciertos preceptos básicos que les ayudarán a tener una actitud más bondadosa y comprensiva para con los demás.

En primer lugar debemos enseñarles que todas las religiones, todas las sectas, todos los sistemas éticos, poseen un arco grande o pequeño del círculo de la verdad. El budismo, el confucionismo, el protestantismo, expresan ciertas tendencias hacia lo infinito; cada uno hace sonar por lo menos una nota verdadera del diapasón del cristianismo; por ello, inculquémosles que cuando estemos en presencia de ellos, no busquemos tanto probarles que están equivocados —puesto que parcialmente están en lo cierto—, sino más bien sugerirles que busquen la verdad en toda su plenitud. Siempre es posible aceptar el bien conocido como un punto de partida para completar el círculo de la verdad. En todas las religiones del mundo, en todas las filosofías, hay una buena materia prima que podemos utilizar, en cooperación con la gracia, para construir la plenitud de Cristo que es su Iglesia.

En segundo lugar, debemos procurar que nuestros hijos comprendan que si hemos sido iluminados por la fe, ello se debe a un don de Dios que supera nuestros méritos y que ello debe ser para nosotros un motivo especial de humildad, que es un grave error pensar que los que no ven la verdad son perversos o incapaces. Despreciar al incrédulo es una demostración de orgullo y una actitud antisocial.

Otra idea que debemos inculcarles es que no todos han de llegar a la fe por el mismo camino. Existen miles de senderos por los que puede llegar un alma a la Gracia de Dios: desde las alturas del conocimiento, desde el valle de la desesperación o desde los abismos del pecado. Pedro y Andrés llegaron a través de sus redes de pescadores; Mateo desde su tabla de cobrador de impuesto; Pablo mientras marchaba por el camino de Damasco a perseguir a los cristianos, y Magdalena encontró su camino en el amor defraudado.

El apóstol nunca debe sentirse desanimado respecto de ninguna alma, aunque su estado actual sea pecaminoso o incluso hostil. El discípulo de Cristo que desespera de la conversión de un hombre juzga el caso de acuerdo al poder humano y omite el factor determinante de la Gracia de Dios.

Es un error lamentarnos de que no podamos llevar más almas a Cristo por nuestra ignorancia intelectual. Para salvar un alma no se requiere dominar la

filosofía sino poseer mucho amor a Dios y al prójimo. Traer un alma a Cristo no es deslumbrarla por la inteligencia, sino lograr que la Verdad misma obre sobre ella. Los que tienen desesperanza de llevar la paz a otros, confían únicamente en sus propios esfuerzos, olvidando que es Dios el que da el crecimiento espiritual.

Que nuestros hijos comprendan que el mayor testimonio que podemos dar de Cristo es a través de la espiritualización de nuestras vidas. La reconstrucción del mundo debe comenzar por la reconstrucción de nuestra propia alma.

De muy decisiva importancia en la formación del sentido apostólico en los niños será la iniciación de ellos en la liturgia de la Iglesia como Cuerpo Místico. Destacándoles el significado de las diversas festividades religiosas y el carácter comunitario que tienen y deben tener todas las manifestaciones del culto.

Además, hay que destacarles la importancia de la Parroquia, como centro natural de las diversas comunidades en que, por razones prácticas, se distribuyen los cristianos.

6. *La Política*—Debemos interesar a nuestros hijos por la política, que es el arte del bien común. Enseñémosles que la afirmación de que el cristianismo debe ser indiferente a la política y a los regímenes sociales es absolutamente falsa. ¿Cómo podría ser extraña al cristianismo aquella actividad moral que tiende a coordinar la vida social de los hombres y que tiene, por eso mismo, una decisiva influencia en el desarrollo de la vida humana? Recordémosles que para Santo Tomás, la política es principalísima y básica con respecto a las demás ciencias morales. Para él, la única cosa que supera a la política es la actividad interior de contemplación y de amor (Etica, I, 2; Política, I, 1).

Inculquemos a nuestros hijos la idea de que ellos no pueden mirar con indiferencia el que sus hermanos se vean obligados a vivir en un régimen económico que contradice su naturaleza de hombres, en un régimen político, que viola sus derechos fundamentales, en un régimen social que impide el libre desenvolvimiento de su espíritu.

Para hacer realidad esta enseñanza consideramos que es conveniente que los padres comenten en familia los problemas nacionales e internacionales, con seriedad y objetividad.

Además debe formarse en los niños el hábito de la lectura de la prensa diaria, especialmente en la parte de informaciones políticas.

Por último, los padres deben abstenerse de referirse a los políticos en términos despreciativos o injuriosos, como así también el de aconsejar el indiferentismo hacia las actividades partidistas.

7. *El Deporte*—El deporte contribuye poderosamente, a la formación del sentido social en los niños. Como muy bien observa Pío XII, "el deporte es un antídoto eficaz contra la molicie y la vida cómoda, despierta el sentido del orden y educa en el examen y en el dominio de sí mismo, en el desprecio del peligro sin jactancia ni pusilanimidad. Así veis que va más allá de la sola robustez física para conducir a la fuerza y a la grandeza moral... El deporte es una escuela de lealtad, de valor, de sufrimiento, de resolución, de fraternidad universal, virtudes todas ellas naturales, pero que procuran a las sobrenaturales un fundamento sólido y predisponen para soportar sin debilidad el peso de las graves responsabilidades". (Pío XII a los Deportistas Italianos, 1945).

Por ello debemos fomentar en nuestros hijos las actividades deportivas y su pertenencia a clubes de deportes, a centros de excursionismos, y, muy especialmente, al scoutismo.

8. *Juegos Colectivos*—Una forma muy efectiva de formar el sentido social en los niños es fomentar en ellos los juegos colectivos. Los niños necesitan de otros que jueguen con ellos. Los adultos o los niños mayores no sustituirán a los camaradas de la misma edad. El niño tiene que jugar y desarrollarse con niños que se en-

cuentren en la misma época de aprendizaje y que sean sus iguales, así como otros que sean algo mayores o menores. Los padres de un hijo único deben tener en particular esto presente. Mediante el juego colectivo, un pequeño aprende: siguiendo el ejemplo de los otros, teniendo que tomar en cuenta lo que los otros desean, y descubriendo que él puede también establecer un ejemplo que otros seguirán.

Aprende así muchas lecciones útiles en su ajustamiento a las demandas e ideales del grupo, lo mismo que más tarde tendrá que ajustarse a las demandas e ideales de la colectividad. Por virtud del juego colectivo o en grupo, desarrolla la confianza en sí mismo, la iniciativa y la facultad de guiar a otros.

Pero los padres deben saber quienes son los compañeros de juego de su hijo, pues de ellos puede aprender a jugar limpio o a hacer trampas. Mostremos cautela al dejar que un niño juegue fuera de nuestra vista con otros niños acerca de los cuales nada sabemos.

De esta manera consideramos que los padres cristianos contribuiremos a la formación de apóstoles, con sentido social, al inculcar a nuestros hijos que la caridad es el comienzo de una nueva vida, de una existencia que no finalizará por toda la eternidad. Porque todo tendrá su término: los honores, la ciencia, el trabajo y el sacrificio. Solamente una cosa permanecerá: *La Caridad.*

•

IZQUIERDA Y DERECHA

"El derechismo tiende a proyectar sobre la realidad social y política la clasificación del Juicio Final: a la derecha, las ovejas y los elegidos; a la izquierda, los chivos y los condenados. De un lado la derecha, que se confunde con el orden, la tradición, la autoridad y la moral, que es el partido de los hombres bien educados y de la gente decente; del otro, la izquierda, designación del desorden, la demagogia, la irreligión, la inmoralidad."

"Igual que el "derechismo", el "izquierdismo" es naturalmente maniqueo. A la derecha, el pasado, las tinieblas, la explotación, el egoísmo, la riqueza, la tiranía, la opresión; a la izquierda, el porvenir, la libertad, la igualdad, las reformas, los pobres, el pueblo. En estas condiciones, ¿cómo un cristiano podría no ser de "izquierda"?

"Donde quiera uno se coloque, decía el Cardenal Saliege, está siempre a la derecha o a la izquierda de alguien. El diablo no está ni a la derecha ni a la izquierda; está a la derecha y a la izquierda, pues, si a veces se encarna en un demagogo, sabe, cuando es necesario, portarse como un perfecto gentleman, digno del Club de la Unión."

"Un cristiano tiene derecho de estar políticamente a la derecha o la izquierda, donde quiera, siempre que conozca y acepte la relatividad de su posición."

JOSEPH FOLLIET

¿Plenitud del hombre en China?

por MANUEL VIRASORO, S. I. (1)

EN uno de los últimos números de *Mensaje* se publicó una solicitud de los católicos chinos, tendiente a esclarecer la opinión de sus hermanos del mundo entero respecto a la situación religiosa en China. Repetidas veces se ha afirmado en estos últimos tiempos que la persecución religiosa no sólo ha disminuído en intensidad, sino que hasta ha cesado completamente. Diversos periódicos del mundo entero se han hecho eco de tales afirmaciones. Ellos sostenían que los círculos del Vaticano miraban con optimismo la situación religiosa actual de los católicos chinos. Ya "L'Osservatore Romano" se ha visto obligado a publicar una aclaración. Es cierto, concedía dicho periódico, que desde septiembre de 1955 no se han realizado arrestos en masa; en esa fecha, como se recordará, el obispo de Shanghai, Mons. Kung, juntamente con la mayoría de los sacerdotes aún en libertad y un número crecido de fieles, habían sido arrojados a la prisión. Pero si nuevos arrestos en masa no se han hecho notar, son crecidos los actos de violencia individual cometidos desde entonces. Los más fieles entre los católicos han sido arrestados y retenidos en la cárcel por varios meses, sometidos a un interrogatorio agotador. Los prisioneros son liberados solamente en caso de enfermedad grave para evitar su muerte en la prisión, o cuando la policía piensa que su mentalidad ha sido suficientemente purificada. En estos días se ha recibido la noticia de la muerte de otro de los sacerdotes con los que fui ordenado en Shanghai, en 1952. Se trata del Padre Wang Chiwen, puesto en libertad sólo tres días antes de su muerte. A pesar de sus 37 años y salud robusta, no había podido soportar el régimen y trato recibido en las prisiones comunistas. Y no se trata solamente de los rigores a que en toda cárcel se ve sometido un detenido, sino sobre todo a la lenta y calculada dosificación de la tortura física y psicológica. Se pretende destruir en ellos los resortes más íntimos de la persona para convertirlos en dóciles instrumentos de la política gubernamental.

Los católicos chinos nos ponían en guardia no sólo contra una propaganda oficial, sino aún contra la opinión de algunos invitados a China comunista, que aseveraban haber encontrado allí una total libertad de expresión religiosa. Estos visitantes parecen no caer en la cuenta de que su presencia en China se ve ro-

(1) El autor, jesuíta argentino, vivió varios años en Shanghai bajo el régimen comunista, hasta que fue expulsado.

deada de una perfecta y elaborada malla aisladora. Los sujetos con quienes tratan son fieles y probados propagandistas con una lección perfectamente aprendida. Los intérpretes no abandonan nunca a sus dirigidos visitantes y son el canal absolutamente obligatorio de toda conversación, aún con aquellas personas que por el conocimiento de lenguas pudieran entrar en contacto directo con el extranjero. Los lugares visitados son perfectamente escogidos de antemano y de ningún modo tiene el visitante la opción de su itinerario. En tales circunstancias es difícil atribuir a la sola buena fe e inocencia la asombrosa falta de espíritu crítico que muchos de estos invitados muestran en su viaje de exploración.

Ante estos hechos, vale decir ante la innegable realidad de una política de destrucción de la Iglesia, que procura ocultarse a los ojos del mundo, nuestro diagnóstico, cómo católico y sacerdote, no puede ser sino peyorativo. De allí que cuando nos preguntan sobre la situación actual del pueblo chino, sobre si esta situación ha mejorado o empeorado, debo responder que ella ha empeorado. No puedo olvidar que muchos de nuestros católicos y jóvenes estudiantes ven actualmente su cuerpo y su psiquismo lentamente destruídos en la mesurada e insidiosa tortura de los campos de concentración. La "Comisión Internacional contra el régimen concentracionario" ha podido localizar con exactitud cerca de 300 de estos campos de concentración y trabajos forzados. La situación no cambia por el hecho de que dichos campos sean llamados, en lenguaje comunista, campos de reeducación. Si hoy en día faltan los arrestos masivos, ello es sólo debido a la ruptura total de los cuadros de organización eclesiástica, que impide en cierta manera la cohesión externa de los católicos.

Sin embargo, quienes nos preguntan sobre la suerte del pueblo, no necesariamente se colocan en la perspectiva religiosa que hemos adoptado y que para nosotros es de radical importancia. Los unos, sin establecer una jerarquía de valores preguntan simplemente por la situación material del pueblo; los otros, por las condiciones políticas y sociales en general. Por ello, prefiero responder a esa pregunta sobre la mejoría o empeoramiento de la vida del pueblo, con otra pregunta: ¿Cuándo piensa usted que el hombre puede hallarse bien? Para ponernos de acuerdo en una calificación de bien mayor o menor de la situación actual, debemos ponernos de acuerdo sobre los valores que el hombre ha de salvar necesariamente para realizar su vocación humana.

Los visitantes que el gobierno de Pekín ha invitado para contemplar la obra realizada en ocho años, no han podido menos de ser vivamente afectados por el espectáculo. ¿Quién de ellos hubiera soñado, en efecto, con el espectáculo que en Harvin ofrece la fábrica de instrumentos de corte y de precisión? ¿Quién no se asombrará ante la hilandería, de la misma localidad, de 600 telares y 15.000 husos, provenientes de Rusia y puesta en marcha por los expertos soviéticos?

Otro de los espectáculos grandiosos es la fábrica número uno de automóviles situada en Chang–Chung, orgullo de la China Nueva y pieza maestra del primer plan quinquenal. Sus dimensiones alcanzan al doble de las fábricas Citroen de Francia, y se espera que los primeros 40 mil camiones habrán sido producidos para fines de 1957. Mucden es también en la actualidad, una poderosa ciudad industrial. Hanchang supera constantemente las estadísticas y espera llegar a cuatro millones de toneladas de acero, como tasa de producción anual.

Ultimamente, aun los misioneros americanos retenidos en China han sido arrancados de su secuestro para realizar un viaje cultural a los diferentes centros industriales mencionados y varios otros de Manchuria, así como de Nanking, Hankow, Hangshow, Pekín y Tiensin. Los comunistas están orgullosos de los resultados obtenidos y, según Roberto Guillain, Paul Ricoeur y otros periodistas, la obra llevada a cabo es extraordinaria. No se puede pretender que todo sea así.

Pero si los centros mencionados son en cierto modo privilegiados y excepcionales, de suerte que sea absurdo querer generalizar a toda la China lo que en ellos se ve, no dejan, sin embargo, de mostrar la orientación y el sentido del conjunto.

Tenemos derecho, sin duda alguna, a preguntarnos cuál es el precio pagado por esos triunfos materiales. Los mencionados campos de concentración y trabajo forzado y las liquidaciones en masa nos dicen que el precio ha sido caro. Se ha computado que el ferrocarril que conduce a Indochina ha costado unas 700 vidas por kilómetro. Si era necesario un gran sacrificio para arrancar a China de su profundo atraso económico y del caos social en que se hallaba sumergida ¿no tiene esto sus límites?

De hecho, el hombre es un ser capaz de grandes sacrificios cuando éstos conducen a algo. Ayer, el pueblo no sabía a qué venían sus sufrimientos, hoy percibe el sentido de ellos. La China está construyéndose como una potencia mundial a las que sus dimensiones y la riqueza del elemento humano de que dispone la preparaban necesariamente. Esto no deja de halagar el patriotismo de los chinos, sobre todo de la juventud que guarda muy vivo, aun sin haberlas experimentado directamente, las constantes humillaciones a que su país se vio sometido. Recuerdo claramente la satisfacción que se leía en los rostros de los estudiantes, aun de aquellos contrarios al régimen, durante la lucha heroica de los chinos en Corea: su patria había salido de la situación de inferioridad en que se hallaba para luchar de igual a igual con los americanos.

Es innegable, sin embargo, que la preocupación del régimen actual es predominante, si no únicamente, económica. El carácter social de que ella se reviste, está puesto al servicio de los valores de producción. Las asociaciones mismas sindicales no tienen la finalidad de proteger los intereses obreros sino la de ponerlos más eficazmente al servicio de los planes estatales. La doctrina, que los individuos se ven forzados a asimilar en fatigosas reuniones, tiende a hacerles aceptar su condición de engranajes en una gran máquina de proyección. La exclusión de Dios y de la religión de las conciencias, pretende destruir en ellas toda norma de referencia que obstaculice la s u m i s i ó n omnímoda del individuo a las decisiones del partido. La libertad de religión y de culto que se proclama no es sino aquella por la que Dios es reducido a una idea inoperante y el culto a una demostración folklórica.

En el VIII Congreso del Partido Comunista Chino, el presidente de la Corte Suprema, Tung Pi Wu, uno de los doce fundadores del Partido Comunista Chino en 1921, proclamaba que en China existía el derecho de palabra, de asociación, de procesión y demostración y que también existía el derecho a oponerse al imperialismo, a la explotación, a la opresión, a la guerra de agresión y el derecho de apoyar la paz mundial.

Nosotros hemos sido testigos de las innumerables presiones con que se estimula la espontaneidad y el voluntariato en el uso de estos derechos que Tung Pi Wu afirmaba eran garantidos por el sistema "legal democrático del pueblo".

Con una ironía admirable, el mismo relator sostenía pocos párrafos después de su enunciación de los derechos garantidos, la urgente necesidad de leyes fundamentales. China carecía, según él, de un código civil, de un código criminal, de un código de procedimiento, del trabajo y rural. Se afirmaba en otras palabras, la ausencia completa del sistema "legal democrático", salvaguardia de los derechos tan pomposamente reconocidos.

¿Quién podría decir que el sentido de esta obra va al encuentro de las aspiraciones humanas? ¿No es más correcto decir que el régimen se sirve de las aspiraciones humanas, poniéndolas al servicio de una terrible mixtificación? El terror y la violencia, la desconfianza recíproca y la delación, aun entre miembros de la misma familia, han sido y son los instrumentos de esta empresa. Los campesinos han perdido ya en su totalidad las tierras que en 1949 se les ofreció sólo para

(PASA A LA PAG. 407)

Sentido cristiano de la productividad

por *SERGIO MERINO CISTERNAS* (1)

Introducción.

EN la realidad actual latinoamericana. se plantea como necesidad urgente e imprescindible, para obtener un apropiado standard de vida de los pueblos, el aumento de las producciones nacionales. Este planteamiento es una consecuencia del convencimiento, ya compartido por los dirigentes de todas nuestras naciones, que la mejor manera de servir los intereses de la colectividad es la realización de un plan de desarrollo económico inteligente y eficaz.

En una dilatada extensión de 20.375.000 kilómetros cuadrados, 166 millones de habitantes, que serán 276 millones en 1975 y probablemente 400 millones en el año 2000, están exigiendo este desarrollo económico, en forma cada vez más perentoria.

A los empresarios católicos latinoamericanos, que conocemos la prosperidad inusitada de otros países en Europa y de nuestra propia América, en Estados Unidos y Canadá, no nos puede dejar indiferente la realidad de nuestras limitaciones económicas. No sólo por constatar la desfavorable comparación de índices estadísticos que ni por apreciar la distancia a veces gigantesca de los medios o técnicas de producción, sino porque en la superación de esas limitaciones, va encerrada para todos nosotros, en la medida que nos corresponde, una obligación moral.

Por eso he querido iniciar este estudio sobre "Sentido Cristiano de la Productividad", recordando la realidad económica de Latinoamérica y la necesidad de vitalizarla con una mayor producción. Esta realidad, que evidentemente no es como la quisiéramos, no puede ser para los empresarios católicos, causa de desaliento, sino estímulo para superarla con la ayuda de Dios, con nuestro trabajo y con nuestra fe.

* * *

El Aumento de la Producción.

Está pues ya planteada una cuestión fundamental, desde el punto puramente económico: aumentar la producción.

Para hacerlo, podríamos pensar en primer lugar aumentar las capitalizaciones nacionales, pero tal aumento no parece posible, por lo menos, a corto plazo. Además, si consideramos que este aumento solo puede venir del ahorro de las personas, de las empresas o del Estado, nos será fácil concluir que no podemos contar con él para realizar un aumento efectivo de la producción.

También podríamos considerar que el problema reside en aumentar el factor trabajo, pero cualquiera que sea la medida de él, llegaremos a la realidad que no podemos aumentarlo en forma muy importante, sin atentar contra la salud de nuestros trabajadores.

Afortunadamente hay un tercer camino que nos permitirá, sin aumentar el factor capital ni el trabajo, aumentar la producción. Este camino es obtener de los mismos factores que ahora contribuyen a la producción, una mayor eficiencia.

Esto es, que debemos aumentar la productividad nacional en todos sus aspectos, y es-

(1) El autor es Director de la Unión Social de Empresarios Católicos, Santiago, Chile (Ingeniero Civil U. C.). Dictó esta conferencia en la asamblea de la USEC, el 5 de septiembre de 1957, en el Club de la Unión.

te imperativo lo tenemos como empresarios, no sólo desde un punto de vista puramente económico, sino también desde un punto de vista cristiano.

Dios puso a la disposición del hombre y sus necesidades, todos los bienes de la tierra, y satisfacer las necesidades de los hombres, es el mandato y el plan de Dios, que a todos los hombres alcanza, pero que por nuestra posición de empresarios, tenemos en ello comprometida toda nuestra responsabilidad.

Satisfacer la necesidad humana, y por lo tanto perfeccionar al hombre, debe ser nuestro primer criterio moral.

Ahora bien, si para la satisfacción de nuestro consumo existe como único camino posible, el aumento de la productividad, este aumento adquiere un imperativo moral.

Definición de Productividad.

Aunque el término productividad es bien conocido, me parece no lo es tanto su significado exacto, por eso estimamos necesario precisar su alcance.

En su acepción más general, diríamos que es la relación entre los bienes y servicios producidos y el valor de los recursos utilizados en el proceso de producción.

Productividad es, pues, la medida del rendimiento, de la eficiencia, del mejor aprovechamiento de los factores de la productividad. Aumentar la producción de una empresa, aumentando sus capitales o sus hombres-horas de trabajo, no significa, pues, aumentar la productividad.

Producción de Bienes.

En la relación producción de bienes, recursos utilizados, se trata de aumentar los bienes, sin aumentar los recursos, eso significaría aumento de la productividad.

Es frecuente el uso restrictivo del término Productividad referido exclusivamente a la mano de obra, por la importancia de este factor de producción. En tal caso el significado del término sería, la relación: Producción de bienes/factor trabajo; y el aumento de la productividad del trabajo o de la mano de obra significaría aumentar la producción de bienes por un mejor rendimiento del factor trabajo.

Precisado el concepto de productividad, proyectémoslo ahora al campo de las empresas, y para una mejor ordenación de estas líneas consideremos la productividad en primer lugar en la empresa, para después plantear los problemas de la productividad de la empresa en sus relaciones con el mercado y la sociedad y finalmente analizar la productividad en el plano nacional.

I. La Productividad en la Empresa.

La empresa, cualquiera que ella sea, está llamada a satisfacer una necesidad del consumo, tiene pues una finalidad de servicio y hacia ella debemos orientar todo nuestro trabajo de organización interna. Dios puso a nuestro cuidado, hombres, máquinas y materiales, para producir lo necesario, somos pues en este sentido, mayordomos de él, para hacer que todos estos bienes produzcan, fructifiquen y llenen las necesidades de los hombres. No tenemos derecho a dejar que estos elementos no se aprovechen de la mejor manera, y si tal hiciéramos faltaríamos gravemente a nuestro deber de Estado.

La posesión de los bienes de producción, por las empresas, tiene pues un sentido moral pleno porque esta posesión rejustifica por su finalidad de servicio. Citemos al respecto a Pío XII, que en su radiomensaje del 1.º de septiembre de 1944 decía:

" La propiedad privada, tanto de los me-
" dios de producción, como de los de consu-
" mo, es un elemento del orden social, un es-
" tímulo para el trabajo y todo ello en pro-
" vecho de los fines temporales y trascen-
" dentales de la vida, en provecho por con-
" siguiente de la libertad y de la dignidad
" del hombre, creado a imagen de Dios, quien
" desde el principio, le ha asignado para su
" utilidad el dominio sobre las cosas mate-
" riales."

Es clara, pues, nuestra responsabilidad, en el sentido del mejor aprovechamiento de los medios de producción puestos a nuestro cuidado.

Importancia de la Racionalización de la Producción.

Afortunadamente, hemos llegado a esta responsabilidad, precisamente en los momentos en que los imperativos de la racionalización de la producción, han ido creando distintas técnicas específicas que tomando algunos aspectos de la producción, determinan tanto para los hombres como para las cosas las condiciones de mejores rendimientos.

Todas estas nuevas técnicas, son métodos de gran eficacia, para obtener mejores productividades o para abaratar los costos de producción y por lo tanto satisfacer las necesidades del consumo en mejores condiciones.

Ningún empresario moderno pudiera excusarse de conocer y aplicar en la medida posible las técnicas de la Ingeniería Industrial o de la Racionalización de la Producción, tanto porque de su buena aplicación pueden obtenerse ventajas muy apreciables para su empresa, como porque el hecho de no apli-

carlas en circunstancias que las empresas competidoras lo hagan, significará casi seguramente, el colapso de la suya.

Donal Copell, aseguraba al respecto: "Ninguna guerra, ninguna depresión, ninguna huelga puede en forma tan rápida e irrevocable, destruir un negocio establecido, como los mejores métodos en manos de un competidor."

Productividad de la mano de obra.

Para el aumento de la productividad de la mano de obra, existen algunos métodos, como el estudio de las operaciones, de los tiempos y movimientos que tratan a base de técnicas especiales de obtener el mayor producto con el menor esfuerzo. Nada habría que objetar a estos métodos, sino exigieran en algunos casos, un mayor esfuerzo si no físico, psicológico al obrero. Tal es el caso, por ejemplo, de la simplificación exagerada de las operaciones y su monótona repetición, que hacen perder al trabajador el sentido de su trabajo y por lo tanto su cooperación consciente a la producción.

Transformar al obrero en un autómata, no es moral y ni siquiera es económico, pues aunque por un período inicial el método puede dar resultado, es evidente que a la larga el trabajador terminará odiando su trabajo y en tal caso fatalmente disminuirá la producción. Esta es una consecuencia más, de que la economía es para el hombre y es el hombre su propia limitación, por eso muchas veces la economía y la moral se encuentran.

Se ha podido comprobar que la naturaleza intrínseca del trabajo y la satisfacción que los obreros derivan de él, son por su influencia, en el estado de ánimo y en la productividad, factores mucho más importantes del que a veces creemos los empresarios.

Al respecto es interesante anotar que en una encuesta se solicitó de 3 000 operarios y de varios centenares de empleadores que clasificaran por orden de importancia, ocho factores que influyen en el estado de ánimo de los trabajadores. Los empleadores colocaron en primer término la remuneración equitativa y en séptimo lugar el mérito por el trabajo realizado. Los trabajadores colocaron en primer lugar el mérito por el trabajo realizado, en segundo lugar el interés que ofrece el trabajo y la remuneración equitativa en el tercero. Parece pues, que el mejor estado de ánimo del operario se obtiene, cuando conoce su labor, entiende el sentido de su trabajo y por lo tanto toma plena conciencia del servicio que está haciendo en su empresa.

Es evidente que debemos tener conciencia de algunos inconvenientes que eventualmente puede tener la implantación de estas nuevas técnicas de producción industrial, pero no sería lógico dejáramos de citar los peligros que significa la no implantación de estos métodos.

Los bajos rendimientos, los malos salarios, el bajo standard de vida, también deshumanizan, envilecen y prostituyen a nuestro obrero, y así como la deshumanización del alto rendimiento, de la automatización, es aun para nosotros un poco teórico, aquella de la falta de eficiencia, de la producción escasa, es nuestra realidad actual. No tenemos pues derecho a ignorar, que hay mejores métodos para producir y menos derecho aún tendríamos conociéndolos, a ser pusilánimes o tímidos para aprovecharnos de ellos, como herramientas efectivas de progreso en la productividad de nuestros talleres y el mejoramiento de la vida de nuestros trabajadores.

Política de Salarios.

Uno de los factores que influyen notablemente en la productividad de la mano de obra, es la política general de salarios que fija la empresa. Nuestra obligación como cristianos, es pagar el salario justo, es decir, debemos dar al trabajador la participación en el producto que equivale a su contribución a la producción.

Esto naturalmente supone que conozcamos cuál es la contribución a la producción de cada obrero o empleado, lo que naturalmente no es tarea fácil.

¿En qué escala justa de valores debe estar el sueldo del jefe de producción, de un mecánico, de una secretaria o de un chofer de una empresa?

Evidentemente no es cosa simple averiguarlo.

La técnica de la "Evaluación de Tareas" trata específicamente de este asunto. Su objetivo, como su nombre lo indica, es la ordenación, graduación o clasificación de las características esenciales del trabajo de todos los obreros y empleados en una forma sistemática, para establecer el valor de cada trabajo, o la relación de uno de ellos con todos los demás.

Tenemos pues una técnica moderna, que nació por razones económicas, que nos permite cumplir nuestra obligación de justicia.

Cambio de estructura.

En la aplicación de estas evaluaciones, que tienden a los justos salarios, es necesario que los criterios sean lo más objetivos posibles y aquí se nos presenta al buscar esa objetividad, la aspiración de los trabajadores a participar en estos criterios de selección, de graduación y de clasificación de las distintas tareas.

En este sentido parecería lógico un cambio de estructura de la empresa, para dar al trabajador la oportunidad que opine junto con los empresarios en lo que él conoce, o sea, su trabajo. Además un estudio paritario de las tareas y sus remuneraciones, comprometería mucho más a los trabajadores en su éxito, que si fuera hecho en forma unilateral sólo por los empresarios.

Lo que no parece tan lógico es un cambio de estructura de las empresas, por lo menos en nuestra actualidad nacional, que diera a los trabajadores incumbencia en la política general económica de la empresa, para lo cual es evidente que no están preparados.

Sabemos que en otros países, eso se hace y también sabemos que con un sindicalismo técnico y no político se puede hacer eso y mucho más.

Selección funcional.

Otro aspecto que deseo destacar en esta ocasión, es la necesidad imprescindible de tener un criterio funcional para la elección de cada empleado, supervisor, capataz o trabajador en nuestras empresas. El hombre adecuado para cada función, debe ser nuestro único criterio de selección.

Por penosa que sean determinadas situaciones personales, no podemos confundir los conceptos, llenando puestos en nuestras empresas con gentes incapaces, pero con muchas necesidades familiares; no podemos hacer caridad comprometiendo nuestra responsabilidad primera que es "producir". No podemos sacrificar la eficiencia de nuestra empresa, que significa posibilidades para el consumo y perfección para muchos, por ser caritativos con unos pocos.

Relaciones humanas.

Todos los métodos de la Ingeniería Industrial, que se refieren al hombre, necesitan de su cooperación. Sin un contacto humano real entre los ingenieros que planean y dirigen los métodos y los empleados y obreros que la realizan, son muy precarias las posibilidades de éxito de cualquier sistema, por perfecto que sea.

A este respecto es interesante citar a Robert Johnson, quien decía lo siguiente:

"Ahora estamos descubriendo que la comprensión científica y tecnológica de un asunto, por si mismas no desarrollan, ni producen la habilidad para dirigir grandes grupos de gentes y para despertar en ellos una respuesta entusiasta al trabajo que deben ejecutar día a día. Esto significa que estamos obligados a tener una nueva clase de Administración Empresaria, Administración no sólo capaz en la parte técnica, sino que igualmente bien entrenada en el terreno de manejo y dirección humana de los trabajadores."

Esta es la razón de existir de las Técnicas de Relaciones Humanas o Industriales, que cada día adquieren más importancia en todos los países.

Aunque no podríamos ahondar en este trabajo sobre este importantísimo asunto, debemos por lo menos destacar su decisiva importancia en un plan de aumento de la productividad de las empresas.

Máquinas y Materiales.

Los caminos para aumentar la eficiencia de las empresas, no sólo se refieren a los hombres que en ella laboran, sino que también mucho puede hacerse en cuanto a las instalaciones, maquinarias, materiales, etc., para racionalizar su uso y determinar las mejores condiciones de producción.

Resumiendo, diremos que, en términos contables, todo lo referente al proceso interno de la producción, se traduce en un valor, el precio de costo. Nuestra meta es que sea el menor posible, pagando los mejores salarios posibles y obteniendo las mejores calidades. Esto sólo tiene sentido, a base de rendimiento, de eficiencia y productividad.

Hemos aludido en general a empresas industriales, por ser las que más cerca están de nuestras ocupaciones cotidianas, pero todo lo dicho para ellas, vale en lo que corresponda, desde nuestro punto de vista cristiano, igualmente para las empresas agrícolas, comerciales o mineras. Para todas tenemos el mismo deber de hacerlas producir.

Terminemos esta relación de la Productividad interna de las empresas, recordando que la noción de productividad no es una idea nueva para nosotros, su mejor definición se encuentra en el Evangelio de San Mateo, en la parábola de los talentos.

Como empresarios hemos recibido talentos en forma de aptitudes personales, materiales, conocimientos, hombres a nuestro cuidado; no podemos guardarlos sin hacerlos fructificar, como el siervo inútil y perezoso, que el Señor arrojó a las tinieblas.

II. La Empresa en sus relaciones con el Mercado y la Sociedad.

Volvamos nuevamente a nuestro punto de partida: la misión de la empresa es satisfacer necesidades del consumo.

Esto implica en primer término, conocer esas necesidades, estudiar el mercado y en muchos casos orientarlo, para satisfacer las necesidades en mejor forma.

El mercado de un producto, influye en formas múltiples y variadas sobre la productividad de los factores de la producción empleados para fabricarlo. Influye, por ejemplo, en el volumen de bienes de producción que pueden instalarse con provecho; en la importancia de las fábricas, en la medida con que puedan aprovecharse las posibilidades de simplificación, normalización y especialización, así como en el grado de utilización de la capacidad de producción de las fábricas.

Todo lo anterior destaca la necesidad de conocer el mercado.

Pero, el mercado, no es algo estático y fuera de las posibilidades de influencia de los empresarios, muy por el contrario, mercado y producción son elementos que mutuamente se influyen.

En la publicación de la OIT sobre Aumento de la Productividad de las Industrias Manufactureras se establece:

"Sería interesante determinar, hasta qué punto el grado de mecanización y especialización, que ha alcanzado la industria americana, es la consecuencia o la causa de la importancia del mercado de los EE. UU."

"La historia de la industria del automóvil en ese país, ofrece un ejemplo característico de cómo explotar nuevas fuentes de demanda, ofreciendo en el mercado productos a más bajo precio, hecho que a su vez, permite que la producción alcance mayor volumen, con las consiguientes economías, como resultado de una utilización más intensa de las máquinas, de períodos más largos de fabricación de un mismo modelo y de un empleo más racional de la mano de obra. Al parecer, se ha estudiado menos la forma en que se ha desarrollado la especialización en EE. UU., que el modo como esta especialización se aplica."

Es también posible orientar la demanda hacia productos tipos, evitando una multiplicación costosa. A base de menores precios y de mayores disponibilidades, es perfectamente factible ir orientando la demanda, con ventajas para el productor y el cosumidor. Incluso, es posible, a base de habilidad comercial y de incentivos financieros, suavizar las fluctuaciones estacionales de algunos productos, permitiendo la utilización máxima en la capacidad de producción.

Todas estas modalidades del mercado que convienen a la producción, no vendrán por el mercado mismo, sino que necesariamente, deberán ser impulsadas por los empresarios.

Precio de venta.

Así como la expresión contable de la suma de esfuerzos de producción, dentro de la empresa, es el precio de costo, la de las relaciones entre la empresa y el consumidor es el precio de venta del producto. Y en la misma forma que estamos obligados en justicia al salario justo con nuestro obrero, estamos también obligados al precio justo con nuestros clientes. No podemos explotar a uno ni a otro.

Tanto nos preocupamos en general del aspecto interno de nuestras empresas, que nos acordamos del mercado solo cuando éste es insuficiente. Muy pocas veces nos planteamos el derecho que tiene nuestro cliente, a un precio equitativo. Menos aún en hacer participar al mercado, de los menores costos de producción, motivados por una mayor eficiencia de operación, salvo cuando la competencia nos obliga a ello.

Si se nos permite una comparación geométrica, el empresario estaría, en el centro de un triángulo, en cuyos vértices estaría el capital, el trabajo y el mercado, el uno pidiendo más utilidades, el otro más sueldo y salarios y el tercero mejores calidades y menores precios de ventas. Pero detrás de estos tres factores económicos, hay hombres cuyas necesidades, intereses e inquietudes, no podemos desconocer.

El hombre capitalista o socio, el hombre obrero o empleado, el hombre cliente, a todos, debemos el trato equitativo y justo.

Empresa y Sociedad.

La existencia de la empresa trasciende los límites del mercado y se proyecta en toda la sociedad.

Las posibilidades de vida que una empresa puede dar a obreros y empleados y a todos sus familiares, ennobleciendo la función del empresario hace que sus esfuerzos, sus problemas, sus medidas inteligentes y precisas tengan un ámbito de repercusiones inmenso, que ni él mismo sospecha.

La tributación que pagará por sus productos directamente o a través de las remuneraciones de sus operarios, empleados o socios, irán a transformarse en servicios para toda la sociedad.

Las Empresas, muchas veces, son centros de cultura, de posibilidades de trabajo, de mejores condiciones de vida en la localidad donde están. Por todo esto, afirmamos que las empresas tienen también una beneficiosa repercusión que aprovecha en una u otra forma a la sociedad entera.

III. La Productividad en el plano nacional.

No podríamos tratar el problema de la productividad de las empresas, sino la encuadráramos en el campo de las actividades

nacionales. Las empresas no son elementos sueltos ni desarraigados de la nación, sino que en muchos aspectos dependen de ella y en una u otra forma el esfuerzo de las empresas lo recibe la nación entera.

Basta para fundamentar lo anterior, el hecho que parte cuantiosa del ahorro nacional interno, proviene en general de las Empresas.

Además, muchos esfuerzos de los empresarios serían totalmente inútiles, si previamente no se han solucionado algunos aspectos de la economía nacional.

Ordenación de necesidades.

Si la productividad tiene por objeto llenar necesidades en las mejores condiciones para una política nacional, debemos comenzar por ordenar las necesidades por su importancia, y en ese mismo orden colocar los bienes o productos que las satisfacen.

La moral cristiana nos da una escala de valores perfectamente aprovechable para este caso:

1.º Bienes indispensables para vivir.
2.º Bienes necesarios para vivir humanamente.
3.º Bienes útiles para perfección humana.
4.º Bienes lícitos, de agrado.
5.º Bienes supérfluos.

Desde una posición puramente económica, es absurdo pensar en buscar altas productividades en las empresas, a base de un trabajador desnutrido. La primera importancia, por lo tanto, en las actividades nacionales, la tienen aquellas que tienen como fin la alimentación. La agricultura es pues, una actividad que merece la consideración, el respeto y el estímulo de todos, especialmente del Estado.

Además, otro factor de consideración especial es, que a pesar de su baja productividad, la agricultura en Latinoamérica es todavía la actividad que ocupa a más personas.

La producción de la agricultura, al no ser suficiente para la demanda, ha hecho necesario importar productos alimenticios en cantidades cada vez mayores. Si esta situación no mejora rápidamente, en corto plazo estaremos frente a un dilema, o bajar nuestra a veces escasa dieta media o reducir las importaciones de materias primas, repuestos y maquinarias tan esenciales para las actividades económicas nacionales.

Dicho en otras palabras, gran parte de nuestros planes de industrialización, de renovación de equipo, de aumento de productividad industrial, se estrellarán fatalmente con esta realidad.

Por eso es que la falta de producción agrícola incide en forma tan inmediata en nuestras preocupaciones industriales y por eso también que no podemos encogernos de hombros ante esta realidad, que hará estériles nuestros mejores y más bien inspirados esfuerzos.

Responsabilidad de los gobernantes.

Así como hemos pensado en las responsabilidades de los empresarios dentro y fuera de sus empresas, pensemos ahora si los gobernantes, los que tienen la responsabilidad de la productividad nacional, han apreciado todos los "talentos" que han sido puestos a su cuidado, y las tremendas e insospechadas repercusiones que significa el desperdiciarlas.

Los empresarios comerciales e industriales no nos planteamos muchas veces estos asuntos, pero nos parece habría sido imperdonable, no considerarlos en nuestro afán de productividad en un plano nacional, de rendimiento, de eficiencia particular y colectiva.

La segunda categoría en los bienes se refiere a aquellos que hacen al hombre vivir de acuerdo a su condición, tal es el caso, por ejemplo, de la habitación.

No pretendemos en esta ocasión hablar del problema de la habitación, que ha sido ya suficientemente estudiado, queremos sí señalarlo como uno de los aspectos que inciden en forma fundamental en la programación de la productividad nacional.

Todos sabemos que en un programa de habitaciones populares, aparte del aspecto moral que tendría, al llenar una necesidad vital, es un eficientísimo medio para el progreso general de todas las actividades nacionales.

Es tan importante la construcción de habitaciones populares, que incluso en países como Estados Unidos e Inglaterra, después de la guerra se puso freno efectivo a toda construcción que no fuera de habitaciones para obreros o de hospitales.

No podríamos seguir analizando toda la escala de los bienes, pero con los ejemplos citados basta para comprender que para establecer un problema efectivo de productividad en el plano nacional, debemos empezar por el principio. Satisfacer primero las necesidades indispensables es lo moral y lo económico también.

Responsabilidad de los funcionarios.

En esta tarea de despertar del letargo a la eficiencia, no sólo los gobernantes y empresarios tienen la palabra, también en forma muy especial tienen que colaborar los funcionarios.

Delegados del poder del Estado, también

tienen "talentos" a su cuidado que deben fructificar en servicios a la comunidad.

Sin embargo, ¿cuántos planes bien intencionados, cuántas iniciativas felices, se estrellan con la pasividad de funcionarios irresponsables? Conocemos ya muchos casos en que la ley dispuso medidas de servicio para los asalariados, que han perdido su sentido porque los bienes dedicados a estos servicios se han transformado en burocracia estéril.

Lo que el empresario, de acuerdo a la ley entrega para asignaciones a sus obreros, va a pagar funcionarios ineficaces.

De lo que las empresas entregan para servicios médicos previsionales y asistenciales ¿en qué proporción constituyen una asistencia efectiva para el trabajador? Y así podríamos citar casos y casos, mostrando la falta de rendimiento, de eficacia, de productividad en nuestras instituciones públicas y funcionarios.

Conclusión.

La productividad tiene para nosotros, un sentido pleno, dentro de nuestras empresas, en sus proyecciones con el mercado y la sociedad y en el nivel de las grandes realizaciones nacionales.

Para las organizaciones patronales católicas es una tarea que no pueden ni deben eludir: formando conciencia, orientar, estimular a las personas o instituciones que les corresponda, a cambiar el cuadro de pobreza general, por otro de eficiencia, de mayor productividad en todos los aspectos.

Para este programa inmenso, sólo contamos con la ayuda de Dios y con los socios, simpatizantes y amigos de nuestras instituciones. Cada uno de nosotros, puede hacer mucho en este sentido, y también puede no hacer nada. Yo invito ahora a todos los empresarios católicos latinoamericanos a que nos unamos en esta cruzada común, a la que estamos llamados como cristianos y como empresarios. Hagamos fructificar los talentos puestos a nuestro cuidado, para que merezcamos también para nosotros las palabras redentoras:

"Siervo bueno y leal, fuiste fiel en lo poco,
yo te recompensaré en lo mucho.
Ven a gozar de la gloria de tu Señor."

(VIENE DE LA PAG. 400)

atraerlos. Y esta socialización acelerada es señal evidente de que toda posibilidad de protesta y oposición ha sido anulada.

Algunos periódicos se han hecho eco últimamente de inquietudes y revueltas en medios estudiantiles y militares y se han formulado esperanzas de una pronta caída del régimen. Lo que no se percibe es que tales noticias provienen de fuentes oficiales y que la afirmación de los peligros internos ha sido siempre en el régimen comunista el medio privilegiado para crear tensiones y permitir el ejercicio violento de la autoridad.

Un paraíso de humanidad y fraternidad se hace brillar como espejismo de realización futura ante hombres a quienes se pide hoy la renuncia de la humanidad y la fraternidad.

Aun dejado de lado el aspecto religioso: ¿está el pueblo chino mejor que antes?

•

"Si no nos resolvemos a despegarnos de regímenes caducos y de sistemas marchitos, nada ni nadie podrá impedir que una masa popular día a día creciente considere al comunismo como una esperanza."

Mons. Gustavo Franceschi.

Aniversario Espiritual

por MICHEL RIQUET, S. J. (*)

HACE ya cincuenta años, el 11 de junio de 1906, en la iglesia de San Juan Evangelista, al pie de la colina de Montmartre, el tumultuoso León Bloy, el autor de la *Femme Pauvre*, del *Désespéré*, de *Salut par les Juifs*, apadrinaba a dos jóvenes de poco más de veinte años que pedían recibir el bautismo en la Iglesia Católica. A pesar de esa edad, la decisión había sido para ambos el término de una serie ya larga de experiencias, de reflexiones, de pruebas y de luchas dolorosas.

Ella, pequeña, de blanco rostro oval enmarcado por cabellos negros, iluminado por la mirada vivaz, venía a la vez de Rusia, que la había visto nacer, en Rostoff sobre el Don, y del Judaísmo, religión de sus padres. El, alto, delgado, pálido y rubio, pertenecía por su madre, hija de Jules Favre, al protestantismo liberal, mientras que por su padre, antiguo presidente del colegio de abogados de Mâcon, enraizaba en el mismo terruño de Lamartine. Ella y él se habían encontrado en la Sorbona, cierto día en que él re-

---

(*) *Nota.*—El autor de este artículo, R. P. Miguel Riquet S. J., fue durante muchos años el conferenciante cuaresmal de Notre-Dame de París. Habló, apenas terminada la guerra, del cristiano frente a las ruinas (1946), frente al dinero (1947), frente a la vida (1948), frente al poder (1949), frente al ateísmo (1950), etc. Antes había estado, como prisionero de los nazis, en el campo de concentración de Dachau. Ha tenido, entre otras actividades muy importantes, el cargo de asesor doctrinal del centro de estudios médicos "Les Amis de Laennec" y de su capital publicación "Cahiers Laennec". Estuvo en Chile en 1949, en misión cultural, y dictó notables conferencias en la Universidad Católica de Santiago y en la de Chile.

El presente artículo ha sido publicado en la revista "Etudes", de los Jesuítas de Francia, en el número de diciembre de 1956. (La traducción y los subtítulos y esta nota son del P. Julio Jiménez B., S. J.). Resulta muy oportuno este valioso testimonio del P. Riquet, frente a alguno que otro retrasado rebrote de los injustos ataques, nacidos de la política, que se han hecho contra ese gran filósofo católico. Hasta se ha llegado a insinuar dudas sobre lo que más patente y respetable es en Maritain: su filial y entera fidelidad a las enseñanzas de la Iglesia; y se ha vuelto a incurrir en el atrevimiento de dar alcances semioficiales condenatorios, a privadas e inexactas apreciaciones de un escritor muy vulgar, cuyos resabios fascistas son bien sabidos; o de presentar como dirigidas contra Maritain ciertas frases de documentos que no pensaban referirse a él (así se hizo con una pastoral del episcopado argentino; a lo cual ha respondido la primera autoridad eclesiástica de ese país que "no se puede ni se debe dar a las expresiones del Episcopado Argentino, otro sentido que el que le dieron sus autores y que expresan sus palabras. Ellas se refieren estrictamente al ambiente, a problemas, a instituciones y personas de nuestro país, cuyas afirmaciones concretas se publicaron en documentos que hemos citado textualmente. (...) El Episcopado documentó concretamente sus afirmaciones en la Pastoral ya citada. Desautoriza, pues, las interpretaciones que le atribuyen intenciones más amplias, concretándolas como condenación de las principales tesis de Jacques Maritain, que ni se nombra, y a quien, en nuestro país, es público y notorio el Episcopado Argentino no se ha referido directa y expresamente").

Ante las turbaciones que en algunas personas, desconocedoras del asunto y de los procedimientos a que se ha recurrido contra Maritain, pueden haber producido algunas de esas temerarias acusaciones, la autorizada palabra del P. Riquet puede servir para dar una visión exacta del caso, recordando que Maritain es ante todo y en todo un católico ferviente, cuyo mismo pensamiento filosófico no tiene otra inspiración ni otro anhelo que el de dar testimonio de su fe. Como le decía S. S. Pío XII, diez años después de publicado y bien conocido el libro que ahora se le ha pretendido incriminar de naturalista, es "un hombre que, haciendo abiertamente profesión de su fe católica y de su culto por la filosofía del Doctor Común, está dedicado a poner sus ricas cualidades al servicio de los grandes principios doctrinales y morales que, sobre todo en estos tiempos de universal perturbación, la Iglesia no cesa de inculcar al mundo." (10 de mayo de 1945).

cogía firmas para un manifiesto de escritores y universitarios franceses contra los malos tratos de que entonces eran víctimas los estudiantes socialistas rusos en su propio país.

Primeras inquietudes.

En esos primeros años del siglo, la juventud universitaria se estremecía aún por los escándalos del "Affaire Dreyfus". Charles Péguy tenía una librería bajo la muestra de los *"Cahiers de la Quinzaine"*; y ahí se reunían, con Jaurés y Georges Sorel, muchos que preferían Juana de Arco a Carlos Marx. Allí también, ella y él, Raïssa Ourmanzof y Jacques Maritain, se encontraban en un mismo fervor. Péguy tenía una profunda amistad por Mme. Maritain-Favre, la madre de Jacques. Apreciaba en ella "una fidelidad religiosa al ideal ardiente que animaba a la oposición republicana bajo el Imperio, un indomable espíritu de libertad, una esperanza apasionada en el porvenir espiritual de la humanidad." Consideraba a su hijo Jacques "como a un hermano más joven que lo ayudaría y le sucedería más tarde y proseguiría su obra en los *Cahiers de la Quinzaine.*"

Otro joven acompañaba a Jacques y a Raïssa en la librería de Péguy, calle de la Sorbona, como en casa de Mme. Maritain, calle de Rennes: era Ernest Psichari, el nieto de Renan. Su amistad con el nieto de Jules Favre databa de su primer encuentro en el Liceo Henry IV. En Bussières, de Borgoña, habían pasado luminosas vacaciones, en casa de los Maritain. Juntos, con Péguy y sus amigos, intentaban evadirse de ese racionalismo romántico que había encantado a sus abuelos, Favre y Renan, pero que les parecía inconsistente. No menos deseaban librarse del collar de ese cientismo positivista y materialista que triunfaba entonces en la Facultad de Ciencias, a la que asistían al mismo tiempo que a la de Letras. El contacto y la amistad de un Félix Le Dantec no los disuadió de buscar más alto razones de vivir. El respeto y el afecto que les inspiraron también Emile Dürkheim y Lévy-Brühl tampoco llegaron hasta hacer de ellos discípulos convencidos. Sus almas inquietas de verdad y de absoluto no podían satisfacerse con el positivismo sociológico del uno y del otro. Spinoza y Nietzsche les dieron por un momento alguna alegría; pero pronto sintieron que "la *Etica* no podía nada ante el menor grito de un ser humano herido de veras en su corazón", al mismo tiempo que "el desprecio por los débiles y los pobres, la exaltación furiosa del orgullo y de la violencia, danzando sobre la nada", que se ostentaba en Nietzsche, los desengañaba del atractivo que por un instante les había inspirado su pasión desesperada por la verdad, su vigor para barrer los prejuicios de la mediocridad y para descubrir lo trágico de la vida.

Cierto día, en el "Jardín de las Plantas" adonde gustosos iban a respirar al salir de sus cursos en la Sorbona, los dos jóvenes hacen el balance de sus estudios y de sus rebuscas:

"Nuestra plena armonía, nuestra propia felicidad, toda la dulzura del mundo, todo el arte de los hombres, no podían hacernos admitir sin razón —en cualquier sentido que se tome la expresión— la miseria, la desgracia, la maldad de los hombres. O bien la justificación del mundo era posible —pero no puede alcanzarse sin un conocimiento verdadero—; o bien la vida no valía la pena de un instante más de atención.

—Aunque no existiera sino un solo corazón en el mundo que sufriera ciertos dolores, un solo cuerpo que conociera la agonía de la muerte, esto exigiría una justificación; y aunque no hubiera sino el sufrimiento de un solo niño; e incluso aunque solamente los animales sufrieran en la tierra, esto, todo eso, exigiría una satisfacción.

—En ningún caso es aceptable la situación sin una luz verdadera acerca de la existencia. Si una luz así es imposible, la existencia también es imposible y no vale la pena vivir". (*Les Grandes Amitiés*, 1949, pp. 89-90).

¿Iban, pues, a terminar en el suicidio? —Ellos no eludían esta eventualidad:

"Queríamos morir por un libre rechazo, si era imposible vivir según la verdad". Pero, antes de llegar hasta ahí, su juventud quería prolongar aún la experiencia de la vida: "Íbamos a fiar en la existencia, como en una experiencia que hacer, con la esperanza de que, frente a nuestro vehemente llamado, el sentido de la vida se mostraría, y nuevos valores se revelarían tan claramente que arrastrarían nuestra adhesión total y nos librarían de la pesadilla de un mundo siniestro e inútil."

Los dos hombres providenciales decisivos.

Fue entonces, escribirá después Mme. Raïssa Maritain, "cuando la misericordia de Dios nos hizo hallar a Henri Bergson". El instrumento de este descubrimiento fue, precisamente, su amigo Charles Péguy. Viéndolos desamparados, los había conducido a los cursos que Bergson daba en el Collège de France. "Con Péguy, Sorel, Ernest Psichari, llegábamos temprano para hallar sitio con seguridad. Henri Focillon, Jean Marx, Masson-Oursel, la poetisa Anna de Noailles también estaban en la sala". Ellos dos con Péguy y Psichari formaban "un cuarteto exultante, porque perspectivas de vida espiritual y de certeza intelectual se abrían de nuevo ante ellos."

La sutil dialéctica y la penetrante psicología de Bergson consiguió, en efecto, liberar su espíritu de los estrechos límites en que los encerraban los postulados materialistas del cientismo. Les reveló aquello que hay en la conciencia de irreductible al espacio y al movimiento, tales como los concibe y los mide el físico. Más allá de los determinismos que la física matemática encierra en ecuaciones, les hizo discernir el poder propio de la persona humana de determinarse y de comprometerse a sí misma por sí misma. Era para ellos lo esencial. Habiendo recobrado la confianza en el valor y en la posibilidad del espíritu, inteligencia y libertad, ellos iban a llegar, por una serie de hallazgos providenciales, hasta aquél único que puede ser definitivo, porque incluye todos los demás.

Ante todo, guiados por el mismo Bergson, tuvieron el hallazgo de la vida mística, en las Ennéadas de Plotino. Desde Plotino pasaron a Platón y a Pascal. En éste aparecía lo que ellos habían experimentado hasta la angustia: "la necesidad de la verdad para vivir, la necesidad de lo absoluto para adherir a él su alma". Prosiguieron sus descubrimientos leyendo *"El Ornamento de las Nupcias Espirituales"*, de Ruysbroeck, traducido del flamenco por Maurice Maeterlinck. Una frase los impresionó: "La simplicidad de intención es el principio y el acabamiento de toda virtud."

Ya hacía dos años que estaban de novios. Decidieron, entonces, casarse, el 26 de noviembre de 1904. Un último hallazgo los conducirá al bautismo. Una palabra de Maurice Maeterlinck, citada por un cronista del diario *Le Matin*, les reveló la novela de León Bloy *"La Femme Pauvre.."* "Nosotros atravesamos su forma literaria, para ir directamente, no al autor, sino al hombre, al hombre de fe iluminado por esta cosa extraña, tan desconocida por nosotros —el catolicismo— y como identificado con ella."

Quedaron deslumbrados por "la inmensidad de esta alma de creyente, su celo quemante por la justicia, la belleza de una elevada doctrina que, por vez primera, surgía a sus ojos." Tuvieron la suerte de no detenerse ante ciertos juicios "intolerablemente sumarios, como los que da sobre Tolstoi, por ejemplo", ni ante sus "comentarios implacables, tan alejados de toda justicia humana", de catástrofes tales como el incendio del *Bazar de la Charité* o el terremoto de la Martinica. "Esta gracia de no ver en toda la obra de León Bloy sino al mismo León Bloy, la fe y el amor divino de que él vivía realmente, nos ha permitido —escribe Raïssa Maritain— no cometer respecto a él la injusticia tantas veces cometida, y de la que él ha sufrido efectivamente toda su vida, de no ver en él sino a un 'panfletario' y un 'vociferador', un orgulloso y un 'mendigo ingrato'."

Conmovido por la miseria que revelaba su diario *"Quatre ans de Captivité à Cochons-sur-Marne,* el joven matrimonio le envía una pequeña suma de dinero, veinticinco francos oro, en 1905. El que se dirá "el mendigo ingrato" respondió con efusión: "Si sois almas vivientes, como lo supongo, el viejo hombre dolorido que soy os ama ya y se alegrará de veros". El 25 de junio de 1905 ellos subieron "la escalera sempiterna que trepa hasta el Sacré-Cœur". León Bloy habitaba entonces en la calle "du Chevalier de la Barre", n. 40. En su prefacio a las *Lettres* de León Bloy *à ses filleuls,* Jacques Maritain nos dice cuál era aún en ese momento su estado de alma:

"Ellos llevaban en sí esa angustia que es el único retrato serio de la cultura moderna, y una especie de desesperación activa, iluminada solamente —no sabían ellos por qué— por la seguridad interior de que la Verdad de que tenían hambre y sin la cual les era casi imposible aceptar la vida, algún día les sería mostrada . . . (. . .) En suma, ellos tenían a la Iglesia, oculta a su vista por ineptos prejuicios y por las apariencias de muchas personas de buenos principios, como el baluarte de los poderosos y de los ricos, cuyo interés estaría en mantener en los espíritus 'las tinieblas de la edad media'. Iban hacia un extraño mendigo que, despreciando toda filosofía, gritaba sobre los tejados la verdad divina y, católico plenamente obediente, condenaba a su tiempo y a los que tienen su consuelo acá abajo, con más libertad que todos los revolucionarios del mundo".

Hacia el Bautismo.

La entrevista fue seguida por muchas otras. "Lo que él les descubría no puede contarse. La ternura de la fraternidad cristiana, y esa especie de estremecimiento de misericordia y de temor que sobrecoge en presencia de un alma, de un alma marcada por el amor de Dios". El encuentro de ese hombre, el espectáculo de su vida, los conducía a considerar los principios, las fuentes, los motivos de tal vida. "Esta vez, la cuestión de Dios quedaba planteada, y con toda su fuerza y toda su urgencia".

El libro de León Bloy, la *Salut par les Juifs,* que leyeron en el campo, en agosto de 1905, los lleva al descubrimiento de los dos Testamentos y de su unidad en Cristo. Una estadía en Chartres les revela, por su catedral, el simbolismo de la Edad Media cristiana. Poco a poco se van iniciando, debido a la amistad con León Bloy, en el universo tan complejo de la religión católica. Llegan hasta esbozar una plegaria muy humilde a ese Dios a quien todavía van buscando, pero al que ya han encontrado. Sobre todo, se dieron al estudio de los santos y místicos que León Bloy les dio a conocer: Angela de Foligno, Ruisbroeck, Catalina Emmerich. Pero fue Georges Sorel quien les indicó el *Catéchisme Spirituel* del P. Surin. Este libro tuvo una influencia decisiva sobre ellos; les descubrió que "la perfección hacia la que tiende todo el trabajo ascético no podía ser alcanzada verdaderamente sino por los caminos de una vida pasiva del espíritu, en la que Dios mismo conduce a las almas que desea colmar con sus dones". Comprendían que la fe es un don de Dios. Pero ya el deseo de ella que tenían, era también un fruto de su gracia.

Por ese mismo tiempo, su amistad con León Bloy les hizo compartir la que él inspiró a Georges Rouault y Pierre Termier, a quienes encuentran donde él a principios de 1906. Una grave enfermedad de Raïssa Maritain los hace reflexionar sobre la necesidad de tomar una decisión.

"Todo lo que había precedido al encuentro con León Bloy y todo lo que lo había seguido, lecturas, reflexiones, amistades nuevas, nos había llevado, por una parte, a convenir en que ninguna de las objeciones hechas contra el catolicismo era decisiva, y por otra parte, nos había dado un ardiente deseo de la felicidad y de la santidad de los santos."

Pero al mismo tiempo que los atraía la felicidad de ser cristianos, se sentían re-

tenidos por el temor de verse separados de sus padres, de sus camaradas, cuya incomprensión les parecía que iba a ser total. Jacques Maritain pensaba que, haciéndose católico, debería renunciar a la vida de la inteligencia. "Mientras nos disponíamos a incorporarnos a aquéllos que el mundo odia, como odia a Cristo, sufríamos Jacques y yo una especie de agonía". Esta duró dos meses. León Bloy los había encaminado hacia un sacerdote de la Basílica del Sacré-Cœur, el abate Durantel. Éste esperaba la decisión de ellos. El 1.º de junio, León Bloy escribía a Termier: "Todavía no hay nada de parte de los Maritain". Pero el 9 le confiaba esta noticia: "Jacques Maritain, su encantadora mujer Raïssa y la hermana de ésta, Vera, serán bautizados el lunes 11, fiesta de San Bernabé, en Montmartre. Mi mujer, Verónica, y yo seremos los padrinos. Usted es de los que pueden comprender la inmensidad y el esplendor, muy inadvertidos, de tal acontecimiento. Es gran cosa el pensar que al morir dejaré de rodillas y llorando de amor a personas que no sabían nada de esa actitud antes de conocerme."

De ese bautismo, que se efectuó, según estaba acordado, el 11 de junio de 1906, a las 11 de la mañana, Raïssa Maritain, que había llegado a él "en una absoluta sequedad", nos dice en seguida: "una paz inmensa descendió sobre nosotros, trayendo en ella los tesoros de la Fe. Ya no había más interrogantes, ni angustia, ni aflicciones; sólo había la infinita respuesta de Dios. La Iglesia cumplía sus promesas. Y es Ella la primera que nosotros hemos amado. Es mediante Ella cómo hemos conocido a Cristo". El 3 de agosto, en la Basílica del Sacré-Cœur, los tres bautizados hicieron su Primera Comunión.

Tal como lo habían previsto, los padres de Raïssa y de Véra vieron, al principio, en su bautismo "una traición para con su pueblo y sus sufrimientos". Mme. Maritain-Favre reprochó a su hijo el haber traicionado "el ideal de la emancipación de los hombres". Ella contaba con Péguy para deshacer lo que, según ella, había conseguido León Bloy solo. Pero cuando Jacques Maritain refirió su conversión a Péguy, éste exclamó: "También yo estoy en lo mismo". Y agregó: "El Cuerpo de Cristo tiene más extensión de la que se piensa."

El Descubrimiento de Santo Tomás.

Cuando, diez años después —octubre de 1916— la clase de filosofía de la Institution Notre-Dame de Grandchamp, en Versalles, recibía a su nuevo profesor, nosotros no podíamos imaginarnos las etapas de esta conversión, que a través de tantos trabajos, y por el encuentro de un León Bloy, después del de Bergson y de Péguy, habían conducido a nuestro maestro a ese catolicismo total que inspiraba toda su enseñanza. Estábamos sí orgullosos de tener, para prepararnos al bachillerato de filosofía, a un brillante "agrégé" de la Universidad. Sabíamos que, después de haberse distinguido entre los discípulos de Bergson, había publicado, en 1913, una implacable crítica de las insuficiencias y errores que descubría en la obra de su maestro, sobre todo en la *Evolution Créatrice,* a la que no habían todavía completado y rectificado sus últimas reflexiones sobre las *Deux sources de la Morale et de la Religion.* Sabíamos también que lo había ligado una íntima amistad con Péguy y Psichari, caídos ambos gloriosamente en los primeros combates de agosto de 1914. *Le Voyage du Centurion* acababa de aparecer y nosotros habíamos notado en él con cierta malicia el retrato de nuestro profesor esbozado por Maxence: "Ese rostro blanco, que volvía a ver con sus mejillas transparentes, su barba rala y descuidada, sus ojos tranquilos y seguros, ese rostro blanco inclinado sobre las espaldas frágiles, era verdaderamente el rostro de su amigo."

Para comprenderlo plenamente se necesitaba, precisamente, llegar a ser su amigo. Pero ¿cómo no serlo, cuando después de la clase lo acompañábamos a su casa a través de las avenidas reales del viejo Versalles, hablando de mil cosas, so-

bre arte, política, o vida espiritual? A pesar de nuestra edad y de la novedad del caso, nos había comunicado su fervor por la *philosophia perennis* de Santo Tomás de Aquino. Ella no había intervenido para nada en su conversión. Para encontrar a Dios, no había seguido ninguna de las cinco vías mediante las cuales la Suma Teológica conduce a la afirmación de su existencia. Después de su bautismo—siendo ya desde 1905 "agrégé" de filosofía—había, gracias a una beca, completado una licencia en ciencias naturales mediante una residencia de dos años en Heidelberg, en el laboratorio del biólogo Hans Driesch. Pero su vida espiritual continuaba entonces abriéndose al margen de toda especulación filosófica; más aún, con cierto sentimiento de desconfianza para con todos los sistemas, ninguno de los cuales le había proporcionado la luz y la serenidad que hallaba en su fe.

Fue necesario el encuentro, en 1909, con el R. P. Clérissac, dominico, para que los dos convertidos volvieran a la filosofía, por un camino que no habían sospechado, el de Santo Tomás de Aquino. Hallaron en su Suma Teológica un método seguro y fórmulas probadas para analizar el contenido de su fe y reunir en una síntesis coherente y sólida todos los datos de su experiencia religiosa. Pero ésta había precedido a toda escolástica; y era ella la que les hacía encontrar tanto sabor a las fórmulas abstractas y a las contrucciones rigurosas de la teología tomista. En la luz y el fervor de su fe íntegra y generosamente vivida, Jacques Maritain, junto con la inseparable compañera de su vida y de su pensamiento, volvía a encontrar una singular confianza en el valor de la inteligencia y de la razón. Puesto que creía en Dios con toda su alma, ¿cómo iba a dudar de las facultades con que el hombre fue dotado por su Creador para conocerlo y amarlo? Es cierto que él había hecho la experiencia dolorosa de los errores, de las incoherencias, de las incertidumbres de la razón humana abandonada a sí sola, en la ignorancia o el desconocimiento de Dios. Pero eso era una consecuencia evidente del pecado, por el cual el hombre se aparta de los caminos normales y divinos del conocimiento y del amor. Habiendo vuelto a encontrar a Dios, recupera más o menos completamente la salud de la inteligencia y del querer.

Analizando los motivos y las etapas que habían conducido a su amigo Psichari a la plenitud de la fe cristiana, en 1913, Jacques Maritain escribirá:

> "En muchos de los que han crecido dentro de la atmósfera del mundo moderno y que, por razón de su mismo ardor intelectual, están saturados de sus miasmas, la inteligencia, aun pudiendo ser muy brillante y muy penetrante, se halla embarazada por obstáculos que la hacen perder parte de su vigor natural. Está mucho más enferma y debilitada, en realidad, que lo que imaginan ciertos filósofos, que gracias a Dios no han conocido el pozo de la más profunda amargura. La acción sanante de la gracia era requerida primero, antes de que esa inteligencia pudiera captar todo el valor de las demostraciones racionales."

Devoción Tomista en fidelidad a la Iglesia.

A través de la conversión de Psichari y de sus etapas, él revive y analiza el movimiento que lo condujo, mediante Bergson y León Bloy, hasta esa plenitud de la fe en la cual había ya encontrado la salvación de su alma, pero también, ahora, el gusto y la pasión de la filosofía cristiana. Escribió por ese tiempo: "La filosofía escolástica, en tanto que es la filosofía sometida a la palabra de Dios, nos da —y sólo ella lo hace—, la libertad del espíritu."

¿Paradoja? Pero él explica lúcidamente lo que ha dicho. "Esta libertad de espíritu viene de que la razón natural, en la filosofía cristiana, se halla en estado de alcanzar, tanto como es posible acá abajo, su máximum de ser y de actividad". En efecto, afirma él:

> "La fe, la fe viviente, al mismo tiempo que eleva la razón a la vida sobrenatural, restablece la razón en la salud

de su naturaleza. No sólo la proteje contra los peores errores y le garantiza las verdades primordiales, sino que aun la fortifica desde el interior, restaurando el equilibrio de la naturaleza humana y la jerarquía normal de las facultades; intensificando la inclinación natural de la inteligencia hacia la verdad; librándola de la curiosidad apresurada y afiebrada, de la ambición de agotar la realidad con las solas fuerzas naturales y de explicar todas las cosas con lo que ya conoce; poniéndola en una atmósfera de verdad, dándole por adelantado como el gusto de la verdad. Así la filosofía escolástica es cristiana no sólo porque está de acuerdo con las verdades del cristianismo, sino también y sobre todo porque ella es establecida y alimentada en nosotros por la vida cristiana."

Estas líneas, escritas en 1914, aclaran singularmente la vida y la obra de Jacques Maritain. Muestran que, desde su primer encuentro con la filosofía y la teología de Santo Tomás de Aquino hasta sus más recientes publicaciones, él no se ha desviado de esa orientación básicamente cristiana de su reflexión. Esta no ha cesado de desarrollarse en la luz de su fe, estimulada sin cesar por un amor sobrenatural de Dios y del hombre, sostenida y fortificada por la gracia incansablemente bebida en la oración y en la frecuentación de los sacramentos. No es él de aquéllos que piensan que pueda construirse una filosofía del mundo y de la historia haciendo abstracción de su ordenación esencial a Dios tal como nos es coconocido por la revelación cristiana. Imposible el comprenderlo y el interpretar su obra si se prescinde de esa opción fundamental que lo hizo cristiano hace ya cincuenta años.

Los que fueron sus alumnos, en 1916, en el Seminario Menor de Versalles, no han olvidado hasta qué punto su enseñanza de la filosofía, aun para el bachillerato, procuraba ser, ante todo, un llamado a la vida interior, una vuelta de nuestra vida a su fuente Dios. Su tomismo era una auténtica devoción, que se arraigaba en una fidelidad filial a la Iglesia Católica. No aspiraba sino a comunicárnosla, haciéndonos participar de su fervor cristiano. No es posible olvidar todo eso. Desde esa clase, donde nuestros diecisiete años exploraban guiados por él los misterios del ser y del cambio, de la vida divina y del alma humana, hasta el Palacio Taverna, donde un día lo vinimos a encontrar de Embajador de Francia ante la Santa Sede, como en esa sala de Meudon que fue, durante veinte años, el lugar providencial de tantas entrevistas inverosímiles pero todas bienhechoras, siempre lo hemos hallado admirablemente fiel a sus innumerables amigos en la constante preocupación de conducirlos o de devolverlos a Dios.

"Haciéndose todo a todos".

Por eso, no hay dominio en que su filosofía y su caridad no se hayan aventurado. Como escribe Etienne Gilson:

"Ningún metafísico ha llegado jamás a encontrar, en la familiaridad con lo eterno, el secreto de una familiaridad más perfecta en su comercio íntimo con los cuidados cuotidianos de su tiempo. No hay cuestión planteada en parte alguna del mundo, con la única condición de que manifieste la inquietud sincera de la verdad, sin que Jacques Maritain la escuche y le dé respuesta. Ningún llamado de aquellos que tienen hambre y sed de justicia, al cual su voz no se haya unido —se tratara de la del César o de la de Cristo—. Literatura, arte, ciencia, ética, política nacional o internacional, no se divisa dominio alguno de la vida y del pensamiento de su tiempo, que él no haya habitado personalmente, explorado y reconocido hasta el extremo límite de sus fronteras, lugares naturales de un pensamiento atento a 'distinguir para unir'. Entre tantos filósofos 'modernos', nuestro 'anti-moderno', extrema avanzada de la vanguardia de un ejército de audaces pensadores enteramente ocupados en repetir lo que han leído en libros verdaderamente 'modernos', no consiente que se haga nada grande y auténtico, que

se plantee ningún problema vital para el hombre, que ningún drama humano se realice en parte alguna del planeta, sin que la sabiduría no acuda con él para dar testimonio de la verdad."

A este bello testimonio de un filósofo y de un historiador, bastaría añadir, a manera de prueba, la simple lista de las obras escritas por Jacques Maritain, o enumerar simplemente a aquéllos que se reunían en su sala de Meudon, entre las dos guerras mundiales.

De una visita a otra, se pasaba de una discusión sobre el arte, en la que Rouault y Chagal hacían el gasto, a un debate sobre la propiedad humana, donde intervenían Nicolás Berdiaeff, Emmanuel Mounier, Georges Izard, Etienne Borne y muchos más. Otras veces, el salón que había escuchado a graves teólogos, como el P. Garrigou-Lagrange y Mons. Journet, veía aparecer a algún niño prodigio del surrealismo, como Jean Cocteau y Maurice Sachs. Ningún país dejaba de estar representado por algún entusiasta o fiel: venían de Brasil y de Chile, del Canadá y de los Estados Unidos, de India y de China, más a menudo aún de Inglaterra, de Alemania, de Polonia, de Hungría o de España, y hasta de Rusia y de Turquía. Fray Tomás de Aquino encontraba en Meudon su auditorio internacional y abigarrado de antaño. Como entonces el ilustre teólogo medieval no dejaba jamás sin respuesta las preguntas y los casos de conciencia que le presentaban lo mismo la juventud de las Escuelas que el rey de Francia o de Chipre, la duquesa de Bravante o los banqueros de Florencia; así nuestro amigo se dedicaba a encontrar la respuesta cristiana para cada uno de los problemas que durante estos veinte años conmovieron la opinión pública o atormentaron más secretamente las almas.

Ni la crisis de la "Action Française", ni el surgimiento del "Frente Popular", ni el crecimiento del fascismo y del nacionalsocialismo, ni la guerra de España o de Etiopía, como tampoco los problemas de la expansión misionera de la Iglesia, en China o en la India, hallaron indiferente o pasivo a aquel cuyos comienzos estuvieron marcados por la doble amistad de Péguy y de León Bloy. Junto con sobrepasarlos por el vigor y el rigor de una filosofía que ellos ignoraron, conserva de ellos el sentido agudo de la necesaria inmersión del cristiano en lo temporal, para trabajar ahí valientemente por el advenimiento del reino de Dios.

"Mediante el tomismo", decía él en 1943 a quienes festejaban sus sesenta años, "se trata de adherirse a los principios de la razón y a los principios de la fe en la síntesis doctrinal más estricta, a fin de tener la mirada más libre y afrontar lo más atrevidamente posible los problemas de nuestro tiempo."

Impregnar de Cristianismo la Política: ni confundir ni separar.

Un emocionante testimonio de esa constante preocupación, lo hemos encontrado en esas páginas que él escribía y publicaba en Nueva York el 21 de noviembre de 1940: *A travers le désastre*, y que, clandestinamente reeditadas en Francia por las "Editions de Minuit", llevaron un tan luminoso aliento a sus amigos de Francia envueltos en el drama de la ocupación alemana. Por momentos, él había temido decir alguna palabra que pudiera estar en disonancia con la experiencia inmediata vivida por ellos. Pero se había sobrepuesto a ese peligro, porque, (así escribía) "espero que el instinto del corazón pueda compensar en cierta medida la separación física; y que lo pensado por mí acá, en medio de la angustia, corresponda a lo que ellos piensan allí, bajo la opresión extranjera". Su corazón no lo había engañado. De un extremo a otro, nos encontramos plenamente de acuerdo con él acerca de las actitudes que convenían entonces a un cristiano de Francia. Negándose la mediocre satisfacción de abrumar a nadie, pero denunciando con equidad los errores y las debilidades de unos y otros, rindiendo homenaje al valor, al heroísmo, a las virtudes, de que, a

pesar de todo, muchísimos habían dado muestra, él expresaba su fe en la restauración final; pero no ocultaba cuál condición era, a sus ojos, esencial.

"El genio político francés tiene necesidad del cristianismo. No creo que pueda abrirse verdaderamente si el rocío evangélico no lo penetra. Quizás se verá aparecer el comienzo de una política cristiana —que no es ni una política teocrática o clerical, ni una política de debilidad seudo-evangélica y de no-resistencia al mal; sino una política auténticamente política, es decir, consciente de estar situada en el orden de la naturaleza y de las virtudes naturales, y que trabaje en ese orden—; que está armada de justicia concreta y real, de fuerza, de perspicacia, de prudencia, y que tenga la espada, atributo del Estado; que sepa que la paz es obra de la justicia, pero, además, del amor; y que esté atenta al destino eterno del hombre y conozca en su propio orden, como conviene a su fin temporal, algo del Espíritu, del amor y del perdón."

En la densidad de esta frase, Jacques Maritain resume lo esencial de muchos de sus libros de antes de 1939, *Du Régime Temporel et de la Liberté* (1933), *Humanisme Intégral* (1936), *Questions de Conscience* (1938). Aborda ahí todas esas cuestiones que hacían estremecer a Péguy y a León Bloy —la responsabilidad de los cristianos en las desgracias y las debilidades de su país, de su civilización y del mundo—. Se esfuerza por preservar a los cristianos de hoy del error que consistiría en querer "rehacer el pasado", calcar las instituciones actuales sobre las de ayer —volver al feudalismo, a la caballería, al Santo Imperio, como si no hubiera otros caminos para volver a hacer un mundo cristiano—. "Más que nunca, el cristianismo procurará penetrar la cultura y salvar la vida temporal misma de la humanidad; y menos que nunca él estará en paz con el mundo. Pero nos parece que esto será de un modo diverso del de tiempos pasados."

Fiel a su máxima de "distinguir para unir", cuida a la vez de no ligar el cristianismo con sistemas políticos inadaptados o con instituciones caducadas, y de reaccionar contra la timidez o la falsa prudencia, que evitan afirmar la urgente necesidad de impregnar de espíritu cristiano todas las realidades políticas.

"Es claro que el orden de la Redención, o de lo espiritual, o de las cosas tocantes a Dios, debe vivificar hasta en sus más íntimas profundidades el orden de la civilización terrestre, o de lo temporal, o de las cosas tocantes al César; pero estos dos órdenes quedan siendo netamente distintos. Son distintos; pero no *separados*. Hacer abstracción del cristianismo, dejar de lado a Dios y a Cristo, cuando se trabaja en las cosas del mundo, dividirse en dos mitades: una mitad cristiana para las cosas de la vida eterna, y, para las cosas del tiempo, otra mitad pagana o neutra, es decir, infinitamente débil, o idólatra de la nación o de la raza o del Estado o de la prosperidad burguesa o de la revolución antiburguesa, o de la ciencia o del arte erigidos en fin último: un tal desdoblamiento no es sino demasiado frecuente en la práctica. (...) En realidad, la justicia evangélica y la vida de Cristo en nosotros piden todo nuestro ser, quieren apoderarse de todo, impregnar todo lo que somos y todo lo que hacemos, en lo profano como en lo sagrado. La acción es una manifestación del ser. Si la gracia nos toma y nos rehace desde el fondo de nuestro ser, es para que nuestra acción toda entera sea afectada e iluminada por ello." *(Humanisme Intégral,* pp. 312-313).

En vísperas del trastorno de 1939, hablando sobre *Le Crépuscule de la Civilisation,* volvía al mismo pensamiento: "una renovación social vitalmente cristiana será la obra de la santidad, o no se dará". Esto nos manifiesta claramente que, cincuenta años después de su bautismo, el ahijado de León Bloy conserva intacta en su corazón la nostalgia que había depositado en él una palabra de su padrino: "¡No hay sino una tristeza: la de no ser santos!".

Los protestantes de Hilversum

(HOLANDA)

UN grupo de protestantes de Hilversum (ciudad del Norte de Holanda) se ha planteado un problema doctrinario, al enfrentarse con la cuestión de la sucesión apostólica en el episcopado.

La Iglesia Reformada de los Países Bajos, a la que pertenecen casi todos los protestantes de Holanda, es una rama calvinista con influencias recibidas además de otras doctrinas asimismo protestantes. Su organización es presbiteriana; lo cual quiere decir que el poder sacerdotal de dirigir y enseñar está en manos de los pastores, pero no porque éstos hayan recibido ese poder de Cristo, sino porque lo recibieron del pueblo cristiano que según los calvinistas es quien tiene ese poder.

Y ahí está el punto de divergencia de los protestantes de Hilversum. El Grupo de Hilversum ha planteado el problema siguiente: *"Nosotros creemos que Él* (Cristo) *instituyó en ella* (la Iglesia) *el cargo de apóstoles y de vigilantes* (episcopo, obispo), *por medio de los cuales quiere Él ejercer su poder entre nosotros. Creemos que ligó para siempre la comunicación de su Espíritu Santo a la imposición de manos hecha por los vigilantes nombrados por Él, y que el ministerio se basa en un llamado especial de la gracia a ese santo servicio, y que una y otra cosa son debidas al mismo Señor de la Iglesia. En consecuencia planteamos el siguiente problema: ¿es conveniente que una Iglesia se sustraiga a esta sucesión apostólica? ¿No es rebajar el ministerio, al no ver en él más que una especialización del sacerdocio de todos los fieles? ¿No será estar jugando con la gracia divina el seguir administrando los sacramentos tranquilamente, sin preguntarnos si poseemos el poder de distribuir los Santos Sacramentos, y sin buscar la solución a este problema? En virtud de lo dicho, estamos convencidos de que no podemos concebir una verdadera esperanza para el futuro religioso y eclesiástico de nuestro pueblo si no nos esforzamos deliberadamente por ligarnos a la línea histórica de la doctrina y vida cristiana, de la fe y organización eclesiástica, de la cual al presente nos hemos inconscientemente separado..."*

Estos son los términos textuales del punto 4 de una Declaración oficial del Grupo de Hilversum, que fue firmada por 29 personalidades, entre ellos, 10 pastores, y publicada en 1950.

Esta Declaración comienza por indicar los motivos que indujeron al Grupo a cambiar de ruta; ellos fueron: *"La nueva toma de conciencia de la naturaleza y del significado de la Iglesia como Cuerpo de Cristo..."* y continúa la Declaración: *"A pesar de las críticas oficiales sobre la noción de tradición, profesada por la Iglesia Católica Romana, asistimos al nacimiento y al uso de una tradición reformada. Preguntándonos hasta qué punto implica esto el abandonar un principio de la Reforma..."*

En el punto 3, apoyándose en la idea fundamental del Movimiento de Hilversum, la Declaración habla de los Sacramentos, del Bautismo que limpia y da vida divina; poniendo la objeción siguiente: *"¿Cómo entonces vamos a admitir que el Bautismo sólo confirma y sella una donación de la gracia divina cuya presencia se derivaría de otra fuente que el mismo Bautismo?"* Porque es de notar, que la mayoría de los Protestantes mantienen la idea de que el Bautismo no confiere la gracia, sino solo es la manifestación externa de que el hombre fue regenerado por un acto interior de fe.

Sobre la Eucaristía dicen: *"En cuanto al Santo Sacramento de la Cena, nosotros confesamos que N. S. Jesucristo está presente de una manera escondida y misteriosa... Creemos que este santo Sacramento reproduce en el presente el Sacrificio que él ofreció una vez en la cruz por nuestros pecados... En consecuencia planteamos el siguiente problema: ¿Se estima este Sacramento en su justo valor, cuando se enseña que no hace más que simbolizar y sellar la salvación dada por la palabra de la predicación?"*

La causa de esta evolución de ideas en el Grupo de Hilversum está en último término en el hecho de haberle tomado el peso a la realidad del Cuerpo Místico de Cristo a la luz de la Encarnación del Verbo. La Humanidad del Señor no es algo accidental en la Redención, sino el instrumento indispensable de ella. De ahí la necesidad de que continúe entre los hombres a través de su Iglesia visible y una para comunicar la gracia. *"Nosotros creemos* —dice la Declaración— *que la*

Encarnación del Verbo se continúa en la Santa Iglesia hasta la consumación de los siglos. Por eso confesamos que la Iglesia es el Cuerpo del Hijo de Dios por el que sigue él mismo viviendo en medio de nosotros..."

Todo este planteamiento los lleva al problema inicial: la necesidad absoluta de la sucesión apostólica ininterrumpida del episcopado y del sacerdocio. Fue lo que preocupó tanto a los pastores anglicanos a fines del siglo pasado, cuando el Papa León XIII, después de un maduro estudio de los teólogos católicos, hizo la declaración de invalidez de las Órdenes protestantes inglesas, por haberse interrumpido la sucesión apostólica.

El pastor Loos, Jefe del Grupo de Hilversum, escribe lo siguiente: *"Lo que importa antes que nada es ésto: la validez de los sacramentos que son los que nos ponen en contacto con el mismo Cristo; esto es lo que está en juego aquí. Es muy desagradable decir estas cosas en la Iglesia de la Reforma, criticando desde adentro su ministerio y su constitución eclesiástica. Sin embargo, ello no nos puede impedir poner el problema a la luz del día, por amor a la verdad. Si es algo de vida o muerte para la Iglesia —y nosotros creemos que es así— no podemos menos de pedir seriamente que junto con nosotros se busque una solución a este problema.*

La Iglesia Reformada de Holanda, cuando apareció la Declaración del Grupo de Hilversum en 1950, acababa de publicar un nuevo estatuto menos administrativo y más doctrinario; y trató de tomar en cuenta la inquietud de ese grupo, examinando la posibilidad de introducir un verdadero episcopado; pero chocó con la oposición general. Entonces el pastor Loos pensó en un posible paso a la Iglesia Católica, y así lo comunicó. Pero las autoridades de la Iglesia de Holanda le pidieron que por lo menos esperara que antes el asunto fuera sometido al Sínodo. Era el año 1952. Los innovadores pidieron al Sínodo: o introducir el episcopado, o por lo menos permitir que algunos pastores fueran válidamente ordenados. El Sínodo respondió: *"...que la confesión y los estatutos de la Iglesia Reformada de los Países Bajos no permiten una ordenación sacerdotal que podría llamarse 'tradicional', de sus pastores..."* y añadió que seguiría estudiando el problema y la posibilidad de que pastores de tendencia "católicas" integraran su Iglesia. El Grupo respondió que ellos seguirían apoyándose en la Sagrada Escritura para estudiar más a fondo su punto de vista.

El Grupo de Hilversum está compuesto en su mayoría por holandeses, pero hay en él algunos protestantes franceses y anglicanos.

Ya el paso inicial se puede decir que está dado. Pero hay que tener presente que la conversión del protestantismo no es sólo cosa de razón. Existen motivos vitales; y toda una vida no puede girar de repente. Es labor del Espíritu Santo el seguir orientando.

En 1954 se celebró en Evanston (USA), el 2.º Consejo Ecuménico de las Iglesias Protestantes, al que acudieron también los ortodoxos. En él fue notable la actuación del obispo luterano Nygren sobre la necesidad de profundizar en la noción de unidad, basada en Cristo; y para ello dijo que se debía insistir en la doctrina del Cuerpo Místico, porque en él está la base de toda unidad entre los cristianos. Es de notar que el primer congreso ecuménico protestante se había celebrado en Amsterdam (Holanda) el año 1948.

I. Vergara T., S. I.

Compañeros constructores

NOTA.—Extractamos de un artículo publicado en la revista Razón y Fe (Madrid, mayo, 1957, núm. 712, pp. 450-458) los datos referentes al nuevo movimiento de los *"Compañeros-Constructores"*, iniciado hace tres años recientemente en Alemania. Es la respuesta generosa de cristianos que han comprendido la gravedad del problema de la vivienda en toda su magnitud.

EN 1948 un sacerdote premostratense holandés, el P. Werenfried van Straaten recibió la misión de organizar la ayuda material y espiritual a los refugiados de Alemania Oriental. Entre los 16 millones de personas, que vivían en las regiones invadidas por el ejército ruso y que hubieron de refugiarse en Alemania Occidental, había un fuerte porcentaje de católicos. A las dificultades materiales de alimento y habitación conveniente—se vieron obligados a vivir en antiguos refugios antiaéreos, cuarteles militares y barracas abandonadas— se unió el abandono religioso producido por la falta de suficientes sacerdotes, de iglesias y de parroquias. El Padre lanzó un urgente llamamiento de ayuda a los refugiados del Este. Treinta y un sacerdotes extranjeros se presentaron para consagrar sus vidas en este apostolado y unos cuatrocientos ofrecieron ayuda material.

Durante siete años los "sacerdotes del Este" distribuyeron a sus fieles más de ocho mil toneladas de víveres y vestidos, costearon los gastos de 300 seminaristas y ayudaron en la construcción de iglesias. Los sacerdotes refugiados pudieron, gracias a esta organización, ponerse en contacto con sus fieles. Sin embargo, pronto se advirtió que el mayor obs-

táculo para la evangelización de los refugiados eran sus condiciones de vida inhumanas: pobreza extrema, estrechez de vivienda. Mientras las familias no encontraran una vivienda conveniente, no organizaran una comunidad católica de hogares cristianos alrededor de su iglesia y un gesto brillante de caridad no les devolviera la confianza en su cristianismo, no se podía esperar una renovación de la vida cristiana entre los refugiados. La construcción de hogares e iglesias se convirtió en una exigencia apostólica.

Con este objeto se lanzó la idea de los *"Compañeros - Constructores"*, cuyo fin sería proporcionar una mano de obra benévola, joven, cristiana, venida de países diferentes, capaz de ayudar eficazmente a los refugiados para construir sus casas y así dar el testimonio concreto de la caridad entre los cristianos y del amor de Cristo en el mundo.

El número de especialistas se reduce a lo estrictamente necesario. Dos o tres albañiles, un electricista y un carpintero son suficientes para la construcción de buen número de casas. Bajo su dirección trabajan los "compañeros constructores": echan los cimientos, transportan los materiales, levantan las paredes, instalan la electricidad, etc. No son obreros ordinarios de construcción, sino estudiantes, empleados, labradores, maestros y obreros en general. Su trabajo bien dirigido no deja nada que desear. El entusiasmo y la entrega compensan la falta de costumbre profesional. Junto a ellos trabajan también los futuros propietarios de las casas en fraterna colaboración.

El éxito de las primeras experiencias atrajo la atención de las autoridades religiosas y civiles. El Gobierno Federal Alemán le acordó subsidios importantes. Los "compañeros constructores" se organizaron oficialmente en Asociación formal tomando la responsabilidad técnica y financiera del trabajo de sus voluntarios .

El equipo de "compañeros constructores" se compone de un sacerdote que hace de consejero y de veinte a treinta jóvenes de nacionalidades diversas y dos asistentes. Una tercera parte son nacionales; los demás extranjeros. Sólo se admite a católicos de 17 a 30 años. Han de ser aptos para trabajos manuales pesados. Trabajan sin salario ocho horas al día, y ellos mismos contribuyen con 250 francos belgas a los gastos generales y pagan sus viajes. La Asociación facilita trajes de trabajo, y la comunidad cristiana que recibe a los "constructores" les proporciona habitación y alimentos. Generalmente los compañeros viven y duermen juntos en salas comunes. La jornada empieza con la Santa Misa y se termina con la oración de la tarde; el consejero sacerdote aprovecha esta ocasión para explicar el sentido de testimonio que el equipo ha de dar a su trabajo.

Las horas de descanso se aprovechan para conocer la situación de la vivienda en la región y demás problemas anexos. Es una ocasión de contacto más directo con el pueblo y da oportunidad de intercambio de valores culturales entre los miembros del equipo pertenecientes a diversas nacionalidades.

La actividad constructora, limitada al principio a los refugiados de Alemania Oriental, se ha extendido a varias naciones. Numerosos voluntarios trabajaron el año pasado en Caen, una de las ciudades de Francia más destruídas por la guerra, y se ocuparon allí en la construcción de habitaciones para obreros. Sin duda tan hermosa realización de auténtica caridad cristiana es un eco de los vibrantes llamados de l'Abbé Pierre. A la primera invitación del P. van Straaten en 1953 acudieron 650 voluntarios belgas; al año siguiente respondieron igual número de jóvenes belgas, holandeses, franceses, italianos, alemanes y austriacos. En 1956 la obra ha salido al plano internacional.

Aunque el trabajo manual efectivo es el rasgo característico del apostolado de los "compañeros constructores" en un equipo internacional; sin embargo, conforme a su intención, este trabajo no puede ser una manifestación de la caridad de Cristo y de su Iglesia sin estar animado y sostenido por la oración de la Iglesia. Por esto, los propagandistas del movimiento lanzan un llamado a la oración de todos. La Asociación considera también como verdaderos compañeros a los que no pudiendo trabajar con sus manos, se comprometen a participar con sus oraciones en la obra de los constructores.

Otra categoría de compañeros, la constituyen los que no pudiendo cooperar con su trabajo en la construcción, lo hacen ofreciendo parte de sus bienes; ha habido centenares de personas de escasos recursos, que se han comprometido a aportar el salario de algunos días de trabajo.

Finalmente, cierto número de jóvenes "constructores" conquistados por el ideal de la "Orden" han decidido ligarse a esta obra por medio de los votos religiosos. "Las Ordenes Religiosas —escribe el P. van Straaten— nacieron generalmente para satisfacer una necesidad particular del mundo". Hubo Ordenes consagradas al cultivo del campo, al rescate de los cautivos, al servicio de los enfermos, a la enseñanza de la juventud. Una de las necesidades de la hora presente es la vivienda. La "Orden de Constructores" es una congregación de religiosos laicos (no sacerdotes) cuya misión es de ayudar a construir dondequiera que sea necesario. Durante el noviciado, los jóvenes aspirantes comparten el tiempo entre la oración, formación espiritual y una seria formación técnica.

El Noviciado se inauguró en febrero del año pasado con 7 jóvenes (seis belgas y un alemán) en San Florián (Carintia, Austria).

Un monje premostratense hace de Maestro de Novicios. A los dos meses de noviciado después de haber instalado la casa y restaurado la iglesia, todo el grupo con el Maestro se trasladó a Alemania para construir un pequeño convento de Clarisas; en agosto estaban en Bélgica participando en la construcción de una iglesia. En noviembre volvieron al noviciado a continuar sus actividades ordinarias. En Pascua de este año emitieron sus votos, por los cuales adquierèn el título de "Hermanos"; se les envía a los sitios de construcción, donde con su ejemplo y experiencia ayudarán a los "compañeros constructores" voluntarios.

Docenas de iglesias y millares de casas son el resultado de esta obra providencial. Sin embargo, el testimonio de la vida de estos jóvenes rebasa los muros levantados. Es un equipo animado del espíritu de Cristo. La oración comunitaria y la misa vivida influencian su actitud durante toda la jornada y les hace vivir como hermanos. Están al servicio de los pobres, y en ellos, de Cristo. "He construído una casa para Dios; este pensamiento me da el valor de continuar mi tarea de apóstol", escribía un compañero.

Los "compañeros constructores", en su trabajo, han descubierto el mundo real con sus problemas y dificultades; han visto la miseria y comprendido la grandeza del trabajo manual. Han comprobado que la verdadera felicidad está en el servicio de Dios y en el don de sí mismos a los demás.

No se trata de dar limosnas o esparcir ideas, sino de un cristianismo que se hace presente, trabaja, se fatiga y ofrece su amistad a aquel a quien presta auxilio. Se da lo que es; a sí mismo. El trabajo común del "compañero-constructor" y del dueño de la casa los une y ofrece a ambos la ocasión única de encontrarse humanamente. Este mismo acercamiento se hace en el plano internacional.

Encuesta sobre vocaciones sacerdotales

LA ha realizado un sacerdote suizo en colaboración con 17 profesores de Seminarios; se interrogaron 850 entre jóvenes sacerdotes y seminaristas. Les propuso un cuestionario que abarcaba 85 puntos sobre los factores internos y externos que han rodeado a la vocación en su origen. Han respondido 621. Son de diversas naciones.

I. Factores exteriores.

Van disminuyendo las vocaciones de origen rural. Las familias de mediana condición (agricultores, industriales, artesanos, obreros especializados) dan más sacerdotes que las de funcionarios, comerciantes o profesores. El autor estima que esto se debe al deseo de subir en la escala social y al aprecio tradicional por el sacerdocio en esos medios. El mayor porcentaje de sacerdotes (71,5%) proviene de gente modesta; la clase rica da un 0,7% y la pobre 2,4%.

Familia.—La relación entre la familia numerosa y la vocación es mucho mayor de lo que se suponía. Los seminaristas provienen de familias de 6 hijos como término medio. Es cuestión de generosidad.

Los seminaristas provienen de familias cuyo padre pertenece en un 70% a partidos conservadores o social cristianos; los partidos liberales no dan vocaciones. Algo, los socialistas. Más o menos los mismos resultados se obtuvieron respecto al sindicato, diarios o revistas que leen.

Las vocaciones en un 96% provienen de familias donde el padre y la madre son católicos. Muy pocas proceden de matrimonios mixtos; salvo cuando el padre, y sobre todo la madre, es profundamente religiosa. Es evidente, la influencia religiosa de la madre. Ninguna vocación viene de una familia cuya madre no practica. Un 80% de las vocaciones proceden de familias donde se reza en común. La mayor parte ha recibido de sus padres una educación seria y religiosa. Un 50% reconocen haber recibido ésta de su padre, y 90% de su madre. La influencia religiosa de los padres sobre sus hijos ha tenido resultados diversos.

Escuela.—No se puede establecer con precisión si la católica o la neutra proporciona más vocaciones. La influencia de la familia es sin comparación superior. Se manifiestan indiferentes respecto a la escuela superior (Universidad) católica o neutra en cuanto a favorecer la vocación. A las escuelas secundarias (Colegios) unos reprochan su estrechez y espíritu de ghetto, otros alaban su firmeza y disciplina; unos aprecian sus bases religiosas, a otros impresiona fuertemente el contraste entre la teoría y la práctica. Una gran mayoría (70%) respondió que la enseñanza religiosa no había ejercido influjo en la elección de la vocación. Quien ejerce sobre todo la influencia es la persona del profesor.

Sobre la enseñanza religiosa misma, una tercera parte (30%) respondió que estaba satisfecha. Un 56% ha dicho que estaba decep-

cionada; la encontraban fría, impersonal, teórica, sin método. Igual resultado se ha obtenido respecto de la enseñanza impartida en las Facultades de teología y Seminarios, sobre todo de la filosofía. Encuentran demasiado abstracta la enseñanza. Como los interrogados aún no han terminado sus estudios, las respuestas para ser valederas han de esperar la confrontación con la realidad.

Medio.—Los movimientos de juventud católica son los que más han favorecido la vocación (85%). Un 75 por ciento han sido acólitos. Más de la mitad afirman que han sido apoyados por los amigos en el período de gestación de su vocación. Lo mismo se puede decir de la influencia de los libros. Entre éstos los que más influyen son las biografías; por ej. la de Santa Teresa del Niño de Jesús, las obras de Trochu y la vida de Sn. Pablo de Holzner. Entre las obras espirituales se citan las de Guardini, la Imitación y las de Dom Chautard. Entre las personas que más influyen en la vocación son los directores espirituales. Llama poderosamente la atención que un 90% de los interrogados son partidarios del servicio militar de los seminaristas. Son contrarios a eximir de él a los seminaristas; piensan que ese encuentro con la "dura realidad" es provechoso para madurar su decisión y para su futura actividad sacerdotal. La utilidad, dicen, de esta prueba es muy superior a los peligros que puede ofrecerles el cuartel.

2. Factores interiores.

Capacidad y temperamento.— La capacidad intelectual de los seminaristas es notablemente elevada como lo prueban los resultados escolares. Sólo un 7% era inferior al término medio de los alumnos. Las notas obtenidas corresponden a la capacidad real. La mitad tenía facilidad para el estudio de lenguas, y un cuarto para las matemáticas. Se advierte que los seminaristas son los estudiantes menos especializados, carecen de tendencias unilaterales.

Un 65% sintió desde su infancia una especial inclinación al estado religioso. Tal vez es un reflejo de la atmósfera familiar. Parece significativo que una tercera parte no se distinguía especialmente, en su niñez desde el punto de vista religioso. Entre las cualidades morales se destaca una aptitud a la obediencia. Más de un 80% ha declarado que con facilidad se sometían al marco de vida señalado.

3. Acción combinada de ambos factores internos y externos.

Naturalmente que dichos factores tienen un valor relativo en la génesis de la vocación. La libertad humana ayudada de la gracia es decisiva.

Nacimiento del deseo de la vocación.— Un 76% ha manifestado que desde su infancia, o al menos antes de entrar al Colegio, ha sentido el deseo de ser sacerdote. Se distinguen tres fases en la evolución de la vocación: deseo infantil que se relaciona con los juegos; luego este deseo se enriquece de un matiz de aventura; por último, el período de la maduración de la decisión concreta. Todo esto fluctúa entre los 10 y los 16 años. Al principio el niño imita las actividades del sacerdote en sus juegos; luego alterna sus deseos de ser misionero con los de cazar leones y ser mártir. Algo que distingue la vocación sacerdotal de las otras es su constancia a pesar de la evolución en sus aspectos. Se advierte que el deseo de ser sacerdote se despierta una u otra vez en la mayor parte de los jóvenes católicos. De 627 bachilleres suizos, los dos tercios lo experimentaron, y sólo 33% fueron fieles. Entre los factores que favorecen el despertar de la vocación entre los niños se cuentan: el medio religioso y la tendencia del niño a imitar y a valorizarse. Prueba de atmósfera religiosa pobre de la casa paterna es que no se despierte el deseo de la vocación.

Conciencia del nacimiento de la vocación. —Un 82% se acuerda del momento en que por primera vez tuvieron conciencia de su vocación. Los testimonios manifiestan la influencia de algunos sacerdotes, cuya actitud presentó el ideal personal de la vocación sacerdotal. Con frecuencia la vocación en un estado subconciente aflora gracias a una cuestión directa presentada por el sacerdote. Las misiones en países paganos producen con frecuencia una enorme impresión a algunos, mediante revistas o conversaciones con algún misionero. El apostolado con los acólitos es de los más importantes para despertar la vocación sacerdotal. Muchos jóvenes estudiantes insisten en el fuerte impulso recibido en los ejercicios. Es muy raro que la vocación se manifieste espontáneamente; por regla general, el joven necesita una moción exterior. Esta procede ordinariamente del sacerdote ya directa, ya indirectamente por su misma actividad sacerdotal. Esto lo confirma más de un 50 por ciento. Alrededor de un 90 por ciento recuerda la persona a quien por primera vez manifestaron su deseo secreto de la vocación sacerdotal. Generalmente fue la madre, y esto antes de los 11 años. Después de esa edad el confidente primero es, en la mayor parte de los casos, el sacerdote.

Crisis de la vocación. — Cerca de un 60% experimentó incertidumbre durante un tiempo. Un 65% la atribuye a vacilaciones ante la perspectiva del celibato. Se nota esto especialmente durante la pubertad. Como falta el testimonio de los que han renuncia-

do a su vocación, la encuesta en este punto, es incompleta.

Para tener una información sobre las causas de pérdida de la vocación se hizo una encuesta en 10 Colegios católicos y algunos otros establecimientos neutros. Un 68% de los alumnos interrogados respondió que habían pensado en serio en su vocación. De éstos, los dos tercios habían renunciado. Atribuye su resolución al celibato un 26 por ciento, y a la mala impresión causada por los sacerdotes un 16%. La crisis llegó en el momento de la pubertad. Muchos de estos jóvenes perdieron su ideal, según parece, porque en los años decisivos no encontraron un buen educador que les asistiese y sostuviese.

Un 50% de los seminaristas interrogados, respondieron afirmativamente a la cuestión de si habían sentido otra vocación paralela a la del sacerdocio. El mayor número vaciló entre profesor y sacerdote. El hecho se atribuye a la afinidad de ambas vocaciones y a la posibilidad de realizar este ideal.

Decisión.—La mitad la ha tomado de acuerdo con un sacerdote. Son pocos los que entran al seminario hoy día por presión de sus familias.

Entre los motivos religiosos que decidieron la vocación se notan: el don de sí mismo a Dios, a la Iglesia, el asemejarse a Cristo. Un mayor número se sintió impelido por motivos religioso-sociales: el ministerio sacerdotal, el apostolado, las obras con jóvenes. Hablan de "servir", "hacer feliz a la humanidad", "luchar contra la miseria del mundo actual". Pocos ponen en primer plano su propia salvación y su desenvolvimiento humano. Muchos añaden a esos motivos puntos de vista ligados indisolublemente a ellos: amor a la liturgia, ideal de vida elevado, hermosura de la vocación, etc. El amor de Dios y del prójimo colocado en primer lugar por un 70%, manifiesta un auténtico espíritu de fe y de caridad.

La encuesta prueba la importancia de la influencia familiar, de los consejos y ejemplos del sacerdote y en menor escala influyen las lecturas. Se advierte una gran pureza de intención en la elección de la vocación; lo cual manifiesta que los sacerdotes y los futuros sacerdotes son hombres, pero hombres que luchan por un gran ideal.

(Resumen de un artículo publicado en Doc. Cath., 17-III-1957. col. 361 ss.).

Acusaciones de "Time" contra el catolicismo francés

POR tercera vez desde 1951, se ha celebrado del 29 de abril al 1º de mayo la Asamblea del Episcopado francés, institución nueva en Francia, pero que ya existía en muchos países. Recordemos que no se trata de un sínodo o concilio nacional, que pudiese tomar decisiones dogmáticas o disciplinares, obligatorias después de la aprobación de la Santa Sede, sino de un órgano de coordinación, provisto, sin embargo, de autoridad para dar directivas valederas para toda la Iglesia de Francia.

A este propósito, un corresponsal español se maravillaba de ver emplear frecuentemente en Francia el término "Iglesia de Francia", que le parece oler a galicanismo; sería mejor, escribía, decir: la Iglesia en Francia. Teóricamente tiene razón; no existe Iglesia nacional, que tenga derechos y prerrogativas como tal. Pero, la mayor parte de los problemas que se presentan al episcopado en un gran Estado moderno, están en función de situaciones sociológicas comunes a toda la nación; solamente pueden ser resueltos por común acuerdo de todos los Obispos. Cuando se habla de Iglesia de Francia no se designa una institución eclesial autónoma, sino esa coordinación nacional de todos y cada uno de los obispos, necesaria en la actualidad. El galicanismo ha desaparecido completamente; se arrogaba un derecho para los obispos franceses, reunidos en concilio nacional, de legislar para las diócesis de la nación independientemente de la Santa Sede. No existe inconveniente, en tales condiciones, de emplear la expresión Iglesia de Francia, que a nadie induce a error.

Se trata, por tanto, de un error injusto en el que incurre el semanario norteamericano "Time" en su número del 13 de mayo, cuando pretende que el catolicismo francés está en endémica rebelión contra la Santa Sede.

El catolicismo francés estaría, según Time, infestado del "virus rojo"; los diarios católicos de izquierda incitarían abiertamente a la desobediencia a Roma. Llamando las cosas por su nombre, se trata de simples calumnias. Tienen su origen, hemos de reconocerlo, en declaraciones de algunos periódicos políticos franceses de menor importancia, que quieren ver comunismo en toda investigación social y en toda posición política interior y exterior diferente de sus propias orientaciones; estos informativos denuncian con demasiada facilidad simpatía por el marxismo teórico o por el régimen político-social ruso en todos aquellos que no vean solamente el lado negativo y malo de una teoría o régimen que tratan de estudiar con objetividad para así rechazarlos con mayor eficacia.

Se puede afirmar que se ha fabricado apasionada y sistemáticamente un verdadero mito del catolicismo francés corrompido de progresismo pro comunista. No hay que dejarse impresionar por la fuerza de estos gritos lanzados por los fautores de este mito. La simpatía por el comunismo está representada en el catolicismo francés, solamente por un grupo muy reducido de intelectuales o semi-intelectuales reunidos antes alrededor de la Quinzaine. La lealtad pide reconocer que cuando la Quinzaine fue condenada, se sometió inmediatamente y sin ninguna vacilación. Una hoja pequeña, "le Bulletin" ha continuado a aquella; sin duda, adopta posiciones políticas ingenuas, unilaterales y sistemáticamente antiamericanas; bajo el pretexto de liberar al catolicismo de una política tradicional, adopta ciegamente otra que no es mejor, pero, al mismo tiempo, reprueba la ideología marxista. Hasta ahora la jerarquía no le ha llamado la atención. Su influencia es restringida. Entre los diarios católicos es el que está más en la izquierda, si esta expresión "a la izquierda" tiene algún sentido. ¿Cuáles son esas publicaciones católicas que llaman de izquierda? Sin duda, se entiende aquellas que no aprueban sistemáticamente posiciones políticas ultra nacionalistas. Sea lo que fuere de sus tendencias políticas, no me toca juzgarlas, es falso pretender que prediquen desobediencia a la Santa Sede. Es demasiado fácil a sus adversarios honrarse con el monopolio de la obediencia y de la ortodoxia. No basta para estar dentro del espíritu de la Iglesia embarcarse en un anticomunismo violento que rechace ciegamente considerar las causas profundas del comunismo y poner allí el remedio. Hay otros ídolos, que un anticomunismo, ciertamente necesario, no podrá justificar: un nacionalismo que puede ser pagano; un rechazo de una comunidad internacional preconizada por el actual Pontífice; una forma de política colonial que tienda al racismo; una moral política que admita prácticamente que el fin justifica los medios. Esos periodistas que acusan por todas partes al catolicismo francés de estar carcomido de progresismo, ¿se guardan siempre de estos ídolos también peligrosos?

El redactor anónimo de "Time", ¿se habrá dado cuenta de dónde procede este mito odioso de un catolicismo francés corrompido por el progresismo? ¿Advierte que aquellos que difunden este mito en Francia se encuentran las más de las veces en los antípodas de los ideales que cree defender la democracia americana? En todo caso, sería desastroso que los católicos extranjeros, demasiado fáciles a aceptar el punto de vista de "Time", admitan este mito grosero que tanto se parece a los medios de presión sobre la opinión, atentatorios a la libertad de opinión empleados por la propaganda comunista.

La Asamblea del Episcopado ha publicado solamente algunos comunicados. Más tarde se entregará al público un informe doctrinal del Arzobispo de Bourges, que fue sometido a la aprobación de la Asamblea; la demora en su publicación se debe sin duda a precisiones que los obispos han pedido se agreguen. Será algo así como un catecismo sobre los errores y peligros que amenazan a la fe en la actualidad.

En un primer informe se trató del problema del reclutamiento del clero. Los estudios acuciosos del canónigo Boulard han mostrado que Francia posee un número relativo de sacerdotes superior al de la mayor parte de las naciones católicas, aunque el número absoluto haya bajado desde 1905 en adelante. La situación no es catastrófica, diga lo que diga el articulista de "Time"; por otra parte, el reclutamiento tiende a mejorar gracias, sin duda, a la influencia de los movimientos de Acción Católica y en particular, a los hogares cristianos formados en estos movimientos. Sería necesario, primeramente, una mejor organización y distribución del clero. Desde hace varios años, el Episcopado está muy preocupado de esta reorganización; una verdadera reforma está en marcha, la cual ha de ser progresiva y prudente.

En un segundo informe, se toca el gravísimo problema de la enseñanza religiosa de los alumnos de las escuelas públicas. En este punto, también se equivoca "Time". Solamente los liceos y colegios secundarios que existían antes de 1939 cuentan con capellanes, no pagados por el Estado, y con facultad de impartir la enseñanza en los locales escolares. De las escuelas primarias, de los nuevos y tan numerosos establecimientos secundarios, de las escuelas técnicas, se ha excluído toda enseñanza religiosa.

En un tercer informe de la Asamblea se recuerda la doctrina constante de la Iglesia, a saber que el lugar "normal" para un niño católico está en una escuela cristiana. Sin embargo, de hecho y cada vez más, un número inmenso de familias, profundamente cristianas, no pueden materialmente, sin falta de su parte, colocar sus hijos en una escuela católica: razones de distancia, económicas y otras, frecuentemente les impiden el hacerlo. La tendencia misionera de la Iglesia de Francia es de no esperar que la gente venga a ella, sino de ir en busca de los hombres donde ellos se encuentren. Constata que muchos hijos de familias cristianas se hallan en la imposibilidad de recibir una enseñanza religiosa conveniente y eficaz. El Episcopado denuncia este peligro grave. No presenta ninguna reivindicación, aunque sería conforme a la neutralidad religiosa del Estado y a la justicia que la enseñanza religiosa fuese autorizada en todas las escuelas y a las horas escolares: lo sobrecargado de los programas y las circunstancias prácticas hacen muy difícil cualquiera otra solución. Sin em-

bargo, el Episcopado se contenta con recordar a los padres cristianos el gravísimo deber, que les incumbe, de procurar la enseñanza religiosa de sus hijos. El Episcopado deja a los padres la elección de los medios. Podría ser éste en primer lugar la creación de Centros Católicos cercanos a los establecimientos de enseñanza pública; un gran esfuerzo económico de las familias sería necesario para permitir la multiplicación de sacerdotes capellanes ya al interior de los establecimientos educacionales cuando esto es posible, ya también al exterior; también se podría orientar la acción de las asociaciones de padres a que los reglamentos administrativos y las leyes que restringen tan fuertemente la acción de los capellanes sean modificadas: tal acción se ha de llevar con prudencia; mal presentada podría empeorar la situación.

(Etudes, junio 1957, pp. 430–433).

CINE

"Los traperos de Emmaús"

LA historia del Abbé Pierre, tan conocida para los lectores de *Mensaje,* llega ahora a Santiago de Chile a través de un film claro y bien definido en su realización: Los traperos de Emaús.

El apóstol francés ofrece *La Resurrección de Cristo,* el tesoro mayor que puede poseer un ser humano, a los más miserables.

La historia cinematográfica es narrada por un vecino cualquiera de los suburbios de París. Una mañana este vecino pudo presenciar con asombro cómo un sacerdote y su secretaria tramitaban el alquiler de una determinada mansión, la que apellidaron simplemente: *Emaús.*

El vecino vio como Emaús surgía de la nada para convertirse pronto en un refugio de cesantes, de inadaptados sociales, de perseguidos por la justicia, cuyo principal aporte a Emaús era su propia miserable historia de cada uno.

Allí, por ejemplo, estaba Jibutí arrastrando las consecuencias de un accidente que costó la vida a su esposa y a su hija. Esteban, un hombre que solo sabe matar, adiestrado por la guerra. Otro, que se corta las venas periódicamente, escuchó de los labios del Abbé Pierre la primera frase luminosa en su vida: Tú me serás muy útil.

Los recuerdos del pasado son para estos hombres más concretos que la realidad presente y, dentro del plan dramático del film, son "acciones paralelas" que enriquecen en el espectador la comprensión del proceso psicológico de los personajes, gracias a una narración visualizada de aquel pasado

Pero de pronto se produce un conflicto: se agota el dinero y aumentan cada día los atraídos por la buena nueva. El Abbé Pierre comienza a pedir limosnas en las calles de París donde pocos le prestan atención. Ya no es el diputado ni el hombre político de fama. Se ha rebajado al nivel de los mendigos. Es tan patético su desánimo ante la apatía de los pudientes que un pordiosero le entrega su propio platillo compasivo con sus diminutas ganancias.

Los refugiados de Emaús se desorientan con la alarma. Se producen riñas y desórdenes. Y es precisamente en este momento cuando alguien enciende un receptor y se llena el ambiente de una voz conocida: es el acento del Abbé Pierre que contesta ágilmente las más diversas preguntas de un concurso radial.

Se impone una solución más definitiva, que los mismos hombres miserables la descubren: se convertirán en traperos. El vecino observador presencia la más extraña legión francesa: cientos de hombres recogiendo papeles, trapos y cartones que de inmediato se transformaban en dinero para Emaús y en construcción de nuevas viviendas.

Un ingeniero los asesora, atraído por la personalidad del sacerdote y por el espíritu comunitario de Emaús.

Como si no bastara un final de prosperidad para despedirnos de Emaús, por una simple tendencia de realismo del director europeo, la cámara, antes de terminar el film, se acerca al moribundo Jibutí que recibe la absolución del Abbé Pierre, después de un accidente automovilístico que él mismo ha provocado por salvar a la pequeña que ha correspondido a su amor. Jibutí se siente justificado humana y espiritualmente, y con ello el film penetra hasta la esencia de la obra del Abbé Pierre: la plena Resurrección de Cristo para los pobres de París.

Los traperos de Emaús es un film nuevo e interesante; digno de ser recomendado por su mensaje humano y espiritual.

Rafael C. Sánchez, S. J.
Director, y
Alicia Vega D.
Redactora del programa radial del Instituto Fílmico de Chile.

Orientación Bibliográfica

Claude G. Bowers.—MISION EN CHILE. 1939-1953. —Traducción de Guillermo Blanco.—Santiago, Editorial del Pacífico, 1957, 180 x 125 mm., 392 pp.

Leyendo este libro, resulta alentador el encontrarnos muchos mejores de lo que creíamos. Todo es en Chile encantador, simpático, humano, culto, progresista, ordenado. Muy grato el clima, bellísimo el paisaje, sabrosas las frutas, confortables y rápidas las comunicaciones, acogedoras e inteligentes las personas... En fin, la copia feliz del Edén.

Dan ganas de atribuir al autor pleno conocimiento y absoluta objetividad. Lo primero es innegable; pero lo otro, desgraciadamente, está desmentido por él mismo. Paladinamente, con igual tranquilidad que otros para dárselas de imparciales, él declara que su libro, "por cierto, es parcial"... Seríamos los últimos que podríamos acusarlo por eso, pues proviene, añade él, de que "siento un cariño muy sincero por el pueblo chileno y una admiración profunda por sus instituciones cabalmente democráticas."

El autor recorrió todo Chile; vio mucho, escuchó y leyó constantemente, durante catorce años de permanencia en el país. Su obra presenta tal cúmulo de informaciones, amenísimamente mezcladas con anécdotas sabrosas y agudas observaciones y chistes, que servirá no sólo para darnos a conocer al lector norteamericano, sino incluso para iniciar a muchos chilenos acerca de incontables aspectos de su propio país desconocidos para la mayoría. Hacía falta un buen observador, bien dotado y bien situado, para llegar a saber de ciertas organizaciones y actividades y poder informar sobre su existencia y alcance.

La obra entera manifiesta admirable conocimiento de nuestras cosas y personas, de las costumbres y actuaciones, con esa honda comprensión que sólo brota simpatizando cordialmente. En particular llama la atención la manera, no sólo respetuosa sino admirativa y cariñosa, con que se refiere a la Iglesia Católica y a sus jerarcas, obras e instituciones. Ya sabíamos que ésa era su actitud, no sólo como embajador sino aun como persona privada; y aquí en *Mensaje* hubimos de destacarla y defenderla alguna vez (*).

Los puntos de vista chilenos están, con frecuencia, explicados y sostenidos con inteligencia y ardor, contra las incomprensiones y críticas de los propios connacionales del autor. Y resulta que ésa fue también la actitud que mantuvo como Embajador. Por ejemplo, la tardanza de Chile para romper con el Eje, en la pasada guerra mundial —al revés del apresuramiento de tantos dictadorcitos más o menos tropicales que otorgaban complacientes su firma sin más trámites ni consultas—, es reconocida como ejemplarmente razonable y democrática, parangonable sólo a la seriedad con que los propios EE. UU. esperaron hasta ser atacados directamente. Todo lo que aquí se dijo, tan justificadamente, contra la intemperante insolencia de Sumner Welles, y que algunos hicieron extensivo a la Embajada de EE. UU., eran en realidad cosas que el propio Embajador Bowers estaba diciendo ya entonces a favor nuestro en sus comunicaciones oficiales a su Gobierno, y las vuelve a decir y sostener ahora en el libro.

Rechaza "el sofisma estadounidense de que todas las naciones iberoamericanas son exactamente iguales en psicología, ideología, tradiciones y aspiraciones, aunque ya Bolívar veía más claro un siglo antes". Es una actitud, la de Bowers, que responde a nuestra convicción íntima —si no muy modesta en su contenido, al menos no demasiado proclamada.

El Embajador Bowers compartió afectuosa e íntimamente toda nuestra vida, encariñado con lo chileno; pero fue profundamente respetuoso de nuestra dignidad e instituciones nacionales, ajeno del todo a inmiscuirse en cualquier asunto de política interna. Su delicadeza en este punto quedó aún más a la vista debido al contraste con su inmediato sucesor, quien tuvo la desgraciada ocurrencia de pretender opinar "macarthísticamente" sobre ciertas actuaciones políticas de personajes chilenos —y, para peor, dejándose influenciar y engañar por las interesadas deformaciones de la prensa reaccionaria—. Felizmente, ese entrometido diplomático ya fue cambiado; y EE.UU. ha vuelto a estar representado por un Embajador de la escuela de Bowers, respuetuoso y digno —y que, por lo demás, había formado parte del personal de la Embajada en tiempos de Bowers, y podido así confirmarse experimentalmente en que ése es el buen sistema.

Este libro, documentado, ameno y agudo, será la mejor propaganda para Chile en los EE.UU. Lo será incluso para promover el turismo. Pero también es recomendable para leído por los chilenos, en esta excelente traducción con que lo presenta la Editorial del Pacífico. Aprenderán bastantes cosas, recibirán una palabra amiga y estimulante, y gozarán de muy grato y sano entretenimiento.

Julio Jiménez B., S. J.

(*) Véase *Mensaje* N.º 3, Diciembre de 1951, pp. 130-139. Poco después el propio Embajador Bowers agradeció esa defensa que calificaba de "respuesta convincente al señor Arriagada" —quien lo había atacado por una conferencia que Bowers dio en la Universidad Católica—. Después de agregar que "las palabras del Cardenal Bellarmino fueron la exposición más precisa del concepto democrático de su siglo", según se probaba en *Mensaje*, y de varias otras consideraciones, Bowers terminaba diciendo que era "claro que el señor Arriagada no es ni admirador ni venerador de la Iglesia. Yo sí lo soy". Era lo que había mostrado claramente en esa conferencia.

Humberto Muñoz Ramírez. — SOCIOLOGIA RELIGIOSA DE CHILE.—Ediciones Paulinas, Santiago, 1957, 80 páginas, de 13 x 18,5 cm.

Este libro —el primero que sobre su materia se publica en el país— no es ni pretende ser un tratado. Lo definiríamos como "una gran invitación": quiere el autor estimular a sacerdotes y laicos en la urgente empresa de explorar objetivamente nuestra realidad religiosa, para luego avanzar hacia la explicación y, finalmente, superación de sus deficiencias.

No sólo en nuestro país, sino en sí misma, la So-

ciología Religiosa es aún una disciplina novísima. Hay que reconocer que sólo puede hablarse de ella a partir de los trabajos del profesor francés Gabriel Le Bras, cuyo primer libro sobre el tema es apenas de 1935. No debe extrañarnos, por tanto, que el Pbro. Muñoz dedique la mayor parte de su obra a sugerir temas y motivos de investigación, y a adelantar una que otra vez sus propias experiencias u observaciones, todavía parciales y sujetas a ratificación científica.

¿De qué se preocupa la Sociología Religiosa? De las reacciones colectivas de los diversos grupos religiosos, o, en otras palabras, de los fenómenos religiosos en los diversos grupos sociales. Es una ciencia empírica. Debe observar hechos, clasificarlos, interpretarlos. Un apéndice de veinte páginas (las últimas del libro) transcribe los principales trozos de los escritos de Le Bras en que se expone el método de trabajo.

El primer objetivo de la Sociología Religiosa es estructurar el mapa religioso de la nación. Sabemos, por ejemplo, cuántos católicos hay en Chile, pero no cómo están geográficamente distribuídos; sabemos que avanza el protestantismo, pero no las zonas en que hace su mayor cosecha, y mal podremos así precisar con éxito las causas de su infiltración; por el mismo estilo, hay muchos otros datos valiosos que deben obtenerse empíricamente.

El autor se adelanta a darnos algunas cifras, que resultan impresionantes y hasta insospechadas, sobre algunos de nuestros problemas religiosos. En los dos capítulos más extensos de su obra, expone la realidad nacional al respecto, en las dimensiones geográfica e histórica, sucesivamente. Si en aquéllas por momentos repite lo que ya habíamos leído en obras del R. P. Alberto Hurtado y otros autores, en éstos —en cambio— fluye con nitidez la elaboración personal a que el autor ha sometido la materia, sujeta todavía a rectificación científica. En general, las líneas directrices son, en ambos capítulos, exactas y penetrantes. En algunos casos, pintorescas y agudas. Hay reflexiones tan certeras como esta de la página 28: "Políticos y profesores, que en Santiago suelen mostrar amplitud de criterio y tolerancia con la Iglesia, en provincia sacan las uñas, y toda clase de objeciones de tipo siglo XIX, desde el obscurantismo de la Iglesia, hasta los escándalos clericales de "Vea" o la "Tercera" que en Santiago sólo tienen éxito en los suburbios."

No podríamos asentir con otras opiniones del autor: da, a nuestro juicio, un exagerado valor de "centro de gravedad" de nuestra realidad religiosa a la provincia de Aconcagua. Es natural, porque en ella ha desarrollado el Pbro. Muñoz la mayor parte de su ministerio sacerdotal, pero, por lo mismo, es una impresión demasiado afectiva. En cambio, involuntariamente se desliza hacia lo peyorativo cuando se refiere a regiones que no conoce, o no conoce bien. Dice en la página 16: "Aysen y Magallanes, me parece que son simplemente países de misiones." Verdad que el "me parece" atenúa el alcance de la expresión, pero ni pueden ponerse en un mismo plano a las dos provincias australes, ni desconocer que es en la de Magallanes donde hay un mayor número de sacerdotes, proporcionalmente hablando, para la atención religiosa de la población; un más alto índice, también proporcional, de matrimonios bien constituídos; y varios "records" nacionales más, que, entre otras obras, constan en la bien documentada "Monografía de Magallanes" del Rvdo. P. Lorenzo Massa, y en una publicación mucho más manuable, "Copitos de Nieve", que se publicó a propósito del IX Congreso Eucarístico Nacional, en que Magallanes alcanzó la categoría de Diócesis.

Mucho quisiéramos poder rubricar otras afirmaciones del autor, como la de creer caso muy raro (páginas 14-15) el que se produzcan porcentajes de más de un 10 por ciento de exención de asistencia a las clases de religión entre los alumnos de los establecimientos educacionales del Estado. No puede olvidar el autor que, si es ello efectivo en la rama primaria —por razones obvias—, el panorama es, por desgracia, harto distinto en Secundaria, donde se producen niveles de un 25 por ciento y más. Y no es necesario buscar los ejemplos en recónditos rincones del país. ¡Están en Santiago mismo!

Reconocemos que no puede hacerse excesivo caudal de estos lunares de la obra. De ella habría que decir, mutatis mutandi, lo que el propio Pbro. Muñoz expresa, al enjuiciar la obra de Le Bras: "La importancia del libro reside en su misma imperfección: no se trata de algo acabado, ni siquiera de un ensayo, sino de un simple esbozo de temas que él sugiere a los estudiosos franceses, a fin de que, tratados en miles de monografías, se prepare así el material para llegar a la interpretación del catolicismo francés, tan discutido y discutible". (pág. 7).

Sin duda que, en último término, el balance del libro es altamente halagador: el autor logra interesar en el ensayo de una sociología religiosa chilena, y ojalá no demoremos en apreciar los frutos de esta inquietud que ha querido sembrar. Permítasenos, sí, una última observación todavía: si es la espontaneidad, la soltura, característica de un buen estilo, ella debe dosificarse, de modo de evitar que caiga en el desaliño. No siempre el autor evitó este riesgo en la obra que comentamos. Ella marca, en este aspecto, un cierto retroceso, en relación con los otros escritos suyos que conocíamos. Algo de esto puede observarse, sin ir más lejos, en las citas que antes hemos transcrito. Bien está ser llano, ¿pero no convendría que en una obra de incidencia en lo científico, como ésta, se cuidara un poco más la compostura del idioma?

Ernesto Livasic G.

Boris Simon. —EL YUGO DE LOS DEMAS.—Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1957. 315 págs.

Este relato verídico de la obra del abate Pierre es la segunda parte de "Los Traperos de Emmaús", que constituyó uno de los éxitos más grandes en Francia y en Europa, hace muy pocos años.

Emmaús es ya una realización gigantesca, es la semilla que ha germinado en árbol frondoso, pero su crecimiento fue demasiado rápido y ahí está la preocupación de su fundador. Prensa, radio, cine y televisión llenaron el ambiente, transformaron al abate Pierre en "vedette" y la aventura de lo eterno, oculta en lo más recóndito del movimiento, pudo ser ahogada por el vocinglerío de lo mundano.

La prueba de fuego fue superada y hoy puede señalarnos Boris Simon lo que allí existe de trascendental, por su valor religioso, social, psicológico y aún político.

L'Abbé Pierre está convencido de una verdad, que no es nueva en el catolicismo, pero que en no pocas circunstancias ha sido silenciada y olvidada: *"El hombre tiene un alma, pero antes de hablarle de ella hay que cubrirlo con una camisa y un techo. Después se le explicará lo que tiene allí dentro."*

Este "Quijote de la Caridad", como se le ha llamado, sabe distinguir perfectamente la verdad del sofisma. No pocos cristianos plantean el problema de JUSTICIA y CARIDAD como dos posiciones antagónicas. Nada más falso. El cristianismo auténtico debe aunar en un todo indestructible la justicia y la caridad, para no engendrar la fría filantropía y cierta vanidosa complacencia.

No se crea que Emmaús es una obra más. En lo hondo del movimiento anida una real acción sobrenatural, que opera silenciosamente en las almas, una vez que están acalladas las exigencias vitales. Un hambriento, un harapiento, que tirita de frío, un hombre sin fe en sí mismo, está absolutamente incapacitado para comprender los valores eternos.

L'Abbé Pierre es un optimista. Rodeado de miseria, obstaculizado por la incomprensión de las autoridades, aprisionado por el desengaño, zaherido por los mismos que sintieron de cerca los latidos de su generoso corazón se agiganta ante el obstáculo, busca nuevas soluciones, espera con paciencia. En una palabra cree en Dios y en los hombres.

"El yugo de los demás" es un relato vivo y sangrante, de donde fluye un miserere y un himno de triunfo. El rincón de París en donde se desarrollan las acciones se llama "Pomponette". Hay espíritus refinados, superamantes de lo estético y del orden, pero insensibles al dolor ajeno. Para ellos la Ciudad-Luz no debe permitir que exista esta pústula social. Hay que ocultarla, para que la orgía no sea perturbada.

El abate comprende y no enmudece.

Junto a las almas sensibles y cristianas están también las ruines y perversas. Encarnan el Mal, astuto y glacial, viviente y siempre en acecho. Ronda, tratando de obstaculizar la acción de Dios. El abate Pierre recordará sin duda en sus momentos de desaliento, la carta de una anciana: *"Monsieur l'abbé: soy una anciana de 84 años, sola y enferma. He visto mucho y he sufrido demasiado. Le escribo simplemente para decirle que no se descorazone"...*

En pleno siglo veinte este "Quijote de la Caridad" ha hecho visible a Dios. En Chile también los "sin techo" tienen su Emmaús: EL HOGAR DE CRISTO.

Francisco Dussuel D., S. J.

Dr. Albert Niedermeyer.— COMPENDIO DE MEDICINA PASTORAL. — Barcelona, Herder, 1955, 507 páginas.

El Dr. Niedermeyer es una autoridad en la materia. Es el autor de la gran obra "Handbuch der speziellen Pastoralmedizin", en seis tomos. Aquí nos ofrece una introducción y un compendio de Medicina Pastoral. Comienza procurando definir el concepto de Medicina Pastoral. Dice más que Moral Médica. Obedece al concepto universalista de la ciencia médica cuyo objeto es el hombre en su totalidad, ciudadano de dos mundos. Siguen diversos capítulos consagrados a: Problemas de la vida sexual, El derecho a la vida, Intervenciones médicas, la Vida psíquica, Religión y terapéutica, Deontología.

Tiene su dificultad esta clase de obras y corren el peligro de no satisfacer plenamente ni a teólogos ni a médicos. Pero son necesarias y utilísimas y por sí solas prueban la posibilidad no solamente del diálogo sino del acuerdo entre el médico y el teólogo moralista. Demuestran prácticamente que el atenerse a las exigencias de la moral es a la postre la mejor medicina, que no hay verdadero conflicto entre una moral inteligente y atenta a las realidades y una medicina al servicio de la persona en su totalidad, miembro de la sociedad e imagen de Dios.

Desde el punto de vista moral, el criterio general del autor es sano y ortodoxo. En algunos puntos se echa de menos más claridad y precisión escolástica, donde habla por ejemplo del secreto profesional (pág. 448) o propone la extraña "teoría de la consciencia perplexa" al hablar del feticidio (p. 217). Hablando del feto ectópico parece indicar que solamente en caso de hemorragia sería lícito proceder a su extirpación; moralistas de nota admiten hoy que puede dar lugar a un tumor peligroso cuya extirpación no constituiría un feticidio directo y en ciertas circunstancias podría ser lícito. Hablando de la cooperación pasiva del cónyuge a la cópula onanística yerra al decir que es permisible por una "iusta causa". La moral exige una "gravísima causa" fuera de las demás condiciones de sincera no conformidad interior y exterior con la conducta del consorte.

Todo esto demuestra el cierto peligro que puede haber en estas obras y cómo en ocasiones no eximen de la necesidad de consultar al técnico en la respectiva materia: teología moral o medicina. Pero por lo mismo son muy útiles porque constituyen un primer contacto mutuo en la zona fronteriza de ambas disciplinas; hacen abrir más los ojos a otras realidades.

Recomendamos sinceramente este Compendio a sacerdotes y médicos.

José Aldunate, S. I.

Fulton Sheen.— RELIGION SIN DIOS.— Traducción del inglés "Religion Without God".— Ed. Planeta, Barcelona, 1956, 363 págs.

En la actualidad, principalmente en EE.UU. y Alemania, han surgido una serie de concepciones sobre la Religión, teniendo como base unas veces la Física Moderna, otras la Sicología de lo Religioso, otras la Sociología; sobre estas bases construyen un Dios, que es un remedo de lo que realmente es Dios, en el concepto tradicional de la Filosofía "perennis".

Esto es lo que analiza el autor en la primera parte de su libro.

La segunda se titula "Orígenes históricos de la idea contemporánea de religión".

Esta evolución histórica es la negación de tres transcendentes: Gracia, Entendimiento y Voluntad, y como contrapeso la afirmación de tres inmanentes: el Individuo, "Filosofía del Individualismo"; el hecho, "Filosofía del Hecho"; el valor, "Filosofía del Valor". Recorremos la trayectoria histórica: Lutero, al afirmar la gracia como algo "extrínseco" a la naturaleza humana y por lo tanto yuxtapuesta a ella, termina en un individualismo religioso, de interpretación particular de la Escritura y absoluta independencia de la Iglesia. Descartes, con la yuxtaposición de lo inteligible y lo sensible, que remata en el racionalismo con la autonomía de la razón y negación de lo sobrenatural, y en el empirismo, que tiene por extrínsecas la sustancia espiritual y material, lo que degenera en la "Filosofía del Hecho", para la cual sólo lo fenomenal tiene valor de existencia. Kant, con la yuxtaposición del entendimiento y la voluntad que desemboca en la "Filosofía del Valor", para la que el juicio de existencia está regido por el valor que representan las cosas para mi.

Esta parte tiene mucha importancia porque nos hace comprender claramente, cómo se ha llegado a una concepción tan errada de Dios y la Religión.

Una tercera parte está constituída por la "Apreciación crítica de la Idea contemporánea de Religión, a la luz de la filosofía de Santo Tomás de Aquino". Es clara y convincente, basada principalmente en el realismo que propugna la Filosofía de Santo Tomás. La inteligencia no es la medida de las cosas, sino las cosas son la medida de la Inteligencia. Como secuela de este sano realismo, desarrolla el capítulo, que a mi modo de ver, es el más interesante y que explica todas las desviaciones de los científicos modernos que hacen filosofía, "La falacia del método Uniforme en las ciencias". Cada ciencia tiene su método propio, particu-

lar, condicionado por el objeto que estudia. No podemos aplicar indiferentemente, un mismo metodo para encontrar la verdad, a todos los campos del saber humano. Esos campos están formados por diversos objetos de distinta naturaleza. No puedo pretender escuchar sonidos con la vista, ni percibir colores con el oído.

Este libro será de gran utilidad para nuestros medios universitarios; con un conocimiento más pleno de la filosofía perennis, evitarán la tentación de aplicar su método, al que se han habituado en el desarrollo de su carrera, al campo de las verdades religiosas, que pertenecen a otra clase de objetos.

Sergio Villegas M., S. I.

Mons. José Angrisani. —IN MATUTINIS MEDITABOR IN TE. Vol. I Pars Hiemalis.—Barcelona, Ed. Subirana, 1956. 566 págs.

Vol. II. Pars Verna.—1957. 499 págs.

Meditaciones para sacerdotes sobre las lecciones escriturísticas diarias del Breviario, escritas por el Obispo de Casale, Montferrato. Es traducción de la tercera edición italiana. Cada meditación va tomando pensamientos del trozo correspondiente y aplicándolos inmediatamente, en forma exhortativa, a la vida sacerdotal. Muy bien impreso, tamaño bolsillo. Esperamos los tres tomitos restantes.

HI-TA (A. Pautard).—L'EDUCATION PAR LA DECOUVERTE DE LA NATURE.— París, Edit. Fleurus, Nouvelle Edition, 1956, 277 págs.

A pesar de lo que podría sugerir el título, no tenemos aquí un tratado sobre la educación sino un manual esencialmente práctico, lleno, eso sí, de consejos pedagógicos concretos.

Enseña cómo caminar, qué llevar consigo, para descubrir la naturaleza, y va acompañando al explorador, a lo largo de sus salidas, indicándole lo que mejor puede observar, conforme a cada una de las cuatro estaciones en la cual se encuentra. Muchos cuadros y dibujos amenizan y concretizan la rica técnica del autor.

Ciertamente una buena parte de este excelente manual no servirá en nuestro país, por ser distintas la fauna y la flora, pero dada la escasez de este tipo de libros en lengua castellana, podrá prestar valiosos servicios.

H. D.

Jean-Claude Alain.— GROUPE DU SAINT-SANG. —Col. "Jamboree".— París, Ediciones . 1956, 173 págs.

La colección "Jamboree" se presenta así: "Si deseas encontrar, en narraciones atrayentes, héroes que se ven atormentados con problemas semejantes a los tuyos: la vida, la amistad, el deseo de una vida profunda y fervorosa; si buscas en los libros amigos verdaderos, honrados... que se niegan a la vida fácil y que tratan de salir limpios de los engaños de la existencia, aunque tengan que salir con sangre en las uñas... Jamboree puede darte mucho."

En realidad es así, contiene novelas reales por su verdad psicológica, entre las cuales se destacan las de J. C. Alain, como "Le Chemin sans étoiles", "Foulard noir". "Groupe du Saint-Sang", sin ser de las mejores, está en la misma línea. Interesará a los jóvenes, tal vez menos por la acción, algo dispersa y a veces lenta, que por presentarles unos compañeros como ellos, vibrantes a los mismos ideales y atormentados con idénticos problemas.

H. D.

LIBROS RECIBIDOS

(La inclusión en esta lista no excluye una posible recensión, ni implica un juicio sobre el valor del libro.)

CUESTIONES ACTUALES

Pbro. Humberto Muñoz R. — Sociología religiosa de Chile.— Santiago, Ediciones Paulinas, 1957, 78 páginas.

Juan Mantovani. —La crisis de la educación.— Col. "Esquemas".— Buenos Aires, Edit. Columba, 1957, 74 págs.

ENSAYOS

Jaime Arellano. — Valores de vida. — Santiago, 1957, 183 págs.

Gustave Thibon. —Notre regard qui manque à la lumière. — París, Amiot-Dumont, 1956, 268 págs.

José Ferrater. — ¿Qué es la lógica? — Col. "Esquemas". —Buenos Aires, Edit. Columba, 1957, 72 págs.

LITERATURA

Jean Bergeaud. — Je choisis mon théâtre. —París, Odilis, 1956, 712 págs.

Armand Lanoux. — Buenos días, señor Zola. — Santiago, Ercilla, 1957, 357 págs.

Fernando de la Lastra. — 39 Poemas. — Santiago, 1957, 70 págs.

NOVELAS

Kühnelt-Leddihn. — Las lágrimas de Dios. — Santiago, Ercilla, 1957, 266 págs.

Raúl Botelho Gosalbez. — Tierra Chúcara. — Santiago, Zig-Zag, 1957, 446 págs.

Jacques Gorbof. —Los Condenados. — Santiago, Ercilla, 1957, 220 págs.

Henriette Morvan. — Boomerang. — Santiago, Zig-Zag, 1957, 219 págs.

Misión del Gobernante

(discurso del Papa — 20 noviembre 1955).

1º *SED PROMOTORES DEL ORDEN JUSTO, FUNDADO POR LO TANTO SOBRE LA LEY JUSTA.*

SI alguna vez en un Estado ocurriera que una ley es injusta, porque es contraria al bien común, al derecho natural, al derecho positivo divino y eclesiástico, sería necesario sin duda proveer a su reforma dentro de un justo criterio, para evitar que actúe contra ella el derecho, y aún más, el deber de la desobediencia por parte de los ciudadanos. Pero cuando las leyes de un Estado son justas, como esperamos que lo sean siempre las vuestras, porque reconocen y respetan el orden jurídico y ético; cuando tienden a la consecución del bien común, entonces deben inspirar y regular todos los actos del poder ejecutivo, en especial vuestros actos en el centro y en la periferia. Ningún fin, por excelente que sea, podría justificar la arbitrariedad en daño de terceros, fueran quienes fueren, ni sería justo que se considerara culpable, y mucho menos tratado como tal, al que no resultase claramente un transgresor de la ley. Salvo en casos excepcionales, es necesario evitar todo apresuramiento en la aplicación de las durezas de la ley, y de la intemperancia en el empleo de los medios de averiguación. El prestigio mismo del Estado aconseja preferir el peligro de errar por el empleo de la indulgencia, antes que el de equivocarse por el empleo del rigor.

2º *QUE EL ORDEN POR VOSOTROS PROMOVIDO SEA SUAVE, POR SER EFECTO DE PERSUASION Y DE HUMANIDAD EN LAS RELACIONES CON LOS DEMAS.*

Cuando la Sagrada Escritura habla del gobierno de Dios, proclama al mismo tiempo la justicia y la rectitud de Dios, así como su bondad y su misericordia: *bonus et rectus est Dominus* (Salmo, 24, 8): bueno y recto es el Señor. En efecto dos son sus vías: equidad y gracia, severidad y dulzura, amenazas y perdón. Constituyen ellas la obra formadora de Dios, que persigue y llega al alma, siempre que ésta no se obstine en rechazarlo para permanecer alejada de El; la acompaña y la sostiene y la impulsa hasta que llega a la meta que le ha sido asignada por el eterno Amor previsor y providente.

Ahora bien, el gobierno humano debe esforzarse por imitar en lo posible el gobierno de Dios. La suavidad del orden a cuya cabeza habéis sido puestos y del cual sois los tutores, derivará sobre todo de la *fuerza de la persuasión que logréis crear entre los ciudadanos:* conciencia del vigor de las leyes, de la necesidad de que éstas sean observadas, para el bien común, es decir de todos los ciudadanos. Para obtener la suavidad del orden será también importante *la humanidad del trato* en todos vosotros, y sobre todo en

los jefes de los organismos periféricos; *el Estado está al servicio de los ciudadanos.* No olvidéis, hijos dilectos, que detrás de todo hombre que acude para hablaros de un asunto y solicita vuestra intervención, existe a menudo una esposa que vive en la ansiedad y en la inquietud, existen tal vez hijos que languidecen y claman por ayuda. Haced por lo tanto que vuestros encuentros con ellos sean dictados por el amor, sean encuentros de hermanos con hermanos, hijos todos del único Padre que está en los cielos y que estimará como hecho por El todo lo que hayáis hecho por el más pequeño de vuestros semejantes.

3.º *PERO PARA QUE LA NECESIDAD SUAVIDAD NO SE CONVIERTA EN DEBILIDAD, ES PRECISO QUE EL ORDEN ESTÉ GARANTIZADO POR LA PREVENCION VIGILANTE, Y EN CASO DE NECESIDAD, POR LA FIRME REPRENSION DE LAS TRANSGRESIONES.*

Ciertamente es mejor prevenir que reprimir: repítenlo todos con convicción cada vez mayor. Pero para prevenir eficazmente, es necesario *crear las condiciones adecuadas para hacer cada vez más difícil la transgresión de las leyes,* ya sea eliminando de antemano las posibilidades de eludirlas, ya sea desalentando a la voluntad que se inclina a la transgresión. Naturalmente corresponde también en este campo una amplísima parte de labor a otros organismos del Estado, especialmente aquel al que incumben la educación y la instrucción nacionales. Pero vosotros podéis contribuir valiosamente con vuestra continua y diligente presencia, ejercida con todos los medios que el Ministerio pone a vuestra disposición. Pensad, por ejemplo, en la influencia saludable que podéis ejercer administrando con inteligente amor la beneficencia y la asistencia públicas.

Si algunos en cambio se obstinaran en tratar de violar las leyes, esperando quizá o haciéndose la ilusión de permanecer impunes; si impulsados por instintos malvados atentaran contra la vida y los bienes ajenos; si amenazaran la serenidad de los hogares domésticos; si en especial se atrevieran a alimentar y a manifestar propósitos de subversión violenta en desmedro del Estado; vosotros deberíais ante todo poner en juego vuestra vigilancia para impedir que se realicen los actos malvados, que se perpetren los delitos; luego, ante los hechos consumados, no deberíais omitir ninguna medida para que los culpables sufran los rigores de la justicia. Nuestro pensamiento se dirige en este momento a los beneméritos Prefectos y Comisarios de Policía, a todo el Cuerpo de Policía en general, que si obra con justicia y con humanidad puede con su intervención rápida y valerosa prevenir y dado el caso reprimir todo lo que amenaza la incolumidad de los ciudadanos y del orden público. La frecuencia y el ímpetu de ciertas malversaciones y agresiones, como de muchas otras violaciones de la ley, dependen a menudo de la debilidad y de la negligencia de quienes habrían podido y debido impedir aquellas agresiones y castigar tales violaciones. Esto no significa que se haya de utilizar la violencia y la arbitrariedad; sólo hay que aplicar la ley, y hacerlo rápida y firmemente.

Conclusiones de la 44.a sesión de las Semanas Sociales de Francia

(15 – 20 julio 1957).

TEMA GENERAL: LA FAMILIA.

LAS Semanas Sociales de Francia constatan con íntima satisfacción los progresos realizados en Francia, en el dominio familiar, en el curso de los últimos 50 años, ya sea en la opinión pública, como en el terreno legislativo y en la vida familiar. Es confortante recordar que muchos de estos progresos se deben al esfuerzo del pensamiento y de la acción realizado por los católicos sociales.

Las Semanas Sociales constatan, con igual satisfacción, el movimiento de ideas que en las ciencias biológicas, psicológicas y sociales tiende a devolver a la institución y a los in-

mutables valores familiares, el lugar que merecen.

Pero, conviene dejar en claro que estos progresos son incompletos, precarios y a veces ambiguos. Incompletos, por ejemplo, porque la estabilidad familiar continúa gravemente amenazada por el divorcio; precarios, porque esa evolución de las leyes y costumbres puede desviarse y transformarse o por lo menos detenerse; ambiguos, porque la noción de la institución familiar a la que llegan ciertas investigaciones científicas o filosóficas no da siempre la suficiente importancia a los aspectos personales e interpersonales de las relaciones familiares.

No hay que descansar en los resultados adquiridos, sino continuar, en función de los aportes presentes, el doble e inseparable combate por el perfeccionamiento de la persona y la vitalidad de la comunidad familiar.

* * *

Para llevar a buen término este combate, importa no olvidar ninguno de los aspectos esenciales que encierra la familia.

Es ella un hecho social, la sociedad básica, de la que dependen los límites y el equilibrio de todas las otras sociedades. Es un centro de actividades y de intereses económicos, sociales y culturales. Es una institución en contacto con otras instituciones.

Es también un hecho personal, resultado de la libre decisión de personas, un centro de intimidad y de vida privada, un encuentro de relaciones interpersonales, una comunidad, en el sentido más fuerte de la palabra, indispensable para la expansión física, moral y espiritual de las personas.

Es, en fin, un hecho religioso, fundado sobre un sacramento. Figura de la unión entre Cristo y la Iglesia, imagen terrestre de la Trinidad, transfigurada y vivificada por la gracia, hogar de salvación y santidad.

Se sigue de aquí que si hay problemas familiares, hay también un misterio de la familia. No se resolverán los problemas sino a condición de respetar el misterio.

* * *

Parece tanto más oportuno insistir en el carácter personal y sacramental de la familia cuanto que la evolución contemporánea tiende a desposeerla parcialmente, en particular en el plano económico, de las prerrogativas que poseía antes dentro de una civilización rural y artesanal. Esta evolución la hace así más dependiente de las otras sociedades y en especial del Estado, que ha de venir en su ayuda, o a veces suplirla.

Es necesario, pues, que el papel esencial de la familia sea mejor salvaguardado por los motivos siguientes: ha perdido ella algunas de sus funciones accesorias que pudo cumplir en otras condiciones económicas y culturales; la promoción de la mujer somete a la familia a una experiencia nueva, o sea, la de la autoridad funcional del jefe de la familia con los derechos nuevos reconocidos a la esposa; y como consecuencia de condiciones nuevas de la civilización urbana, los conflictos entre las generaciones se hacen más duros y la educación de los niños o de los adolescentes más difícil.

* * *

No hay contradicción alguna entre la exaltación de los valores familiares y los del celibato consagrado y de la virginidad. El pensamiento y la vida cristiana se orientan con igual entusiasmo hacia estos dos estados de vida que se valorizan el uno al otro y que forman dos realizaciones diferentes de una misma santidad conforme a los llamados divinos y a las vocaciones personales.

* * *

No se puede separar, en la vida familiar, los valores de intimidad, de fecundidad y de espiritualidad. Obedecen a las cuatro leyes fundamentales de la institución matrimonial, de la monogamia, de la indisolubilidad y de la fecundidad.

Señala igualmente el espíritu que ha de presidir la solución de los graves y urgentes problemas planteados, a la vez en el plano familiar y en el mundial, por el aumento vertiginoso de la población. La solución no se ha de buscar ni en el abandono a las fuerzas del instinto, ni en un control de nacimientos mediante métodos anticoncepcionales, ya sean obra de las mismas familias ya de un plan establecido por el Estado, sino en una regulación de los nacimientos alcanzada gracias a una disciplina del instinto sexual.

* * *

Los mismos valores familiares prohiben todo recurso a un eugenismo impuesto por vía de autoridad y contrario a los derechos de la persona humana. Solamente en ciertos casos como medida de protección de la familia contra males sociales se podría pensar en el eugenismo.

Tal ayuda proporcionada a la familia supone a la vez el respeto de los imperativos familiares que se imponen a toda política humana y la prosecución razonada de una política familiar, determinada en función de las necesidades y de las circunstancias.

* * *

Semejante política familiar, que exige preceptos constitucionales, legislación y medios institucionales, habrá de dotar a la familia

de un estatuto que respete su libertad y reconozca las leyes naturales de su misión: unidad, indisolubilidad, procreación y educación de los hijos.

Ha de condicionar la vida económica de tal suerte que los hogares puedan fundarse y desarrollarse en condiciones verdaderamente humanas; lo cual requiere una compensación justa por las cargas familiares, una distribución de las cargas tributarias inteligente y equitativa, una política de vivienda, etc.

Habrá, en fin, que crear un clima moral y cultural propicio a la vida familiar y a la educación de los hijos.

Tal política no se habría de determinar desde arriba, sólo por vía de autoridad. Ha de apoyarse en una consulta permanente de las familias por medio de asociaciones que las representen efectivamente en la nación.

* * *

En consecuencia de estos principios, las Semanas Sociales se permiten proponer a los hombres de buena voluntad algunas líneas de acción inmediata, práctica y realizable, sin perjuicio de una acción más en profundidad y de largo alcance:

1.º Una acción a la vez psicológica, moral y espiritual de preparación al matrimonio mediante organizaciones especializadas en este trabajo y mediante una formación de los padres que les facilite su papel educador.

2.º La institución de "consejos matrimoniales", con todas las condiciones requeridas de competencia y seriedad para la prevención y solución de los conflictos conyugales.

3.º Un llamado vigoroso a la opinión y a los poderes públicos para la lucha contra todas las manifestaciones públicas de inmoralidad.

4.º Una vigilancia juiciosa ejercida por las asociaciones familiares y los organismos sindicales en las relaciones entre las asignaciones familiares con los salarios y el costo de la vida y en las consecuencias familiares de los impuestos.

5.º Un esfuerzo en el terreno privado y público para realizar una política de viviendas, indispensables para aquello que el Papa Pío XII ha llamado el espacio vital familiar.

6.º Un desarrollo de los servicios de ayuda a las madres y de visitadoras familiares en todos los ambientes sociales y en particular en los medios rurales, especialmente abandonados.

7.º Una intensificación de la acción militante en las asociaciones familiares, con el fin de proporcionar una mejor ayuda mutua entre las familias y una representación más eficaz ante los poderes públicos por medio de la U. D. A. F. y la U. N. A. F.

Las Semanas Sociales recuerdan a este propósito que si las familias tienen el derecho de reclamar una ayuda de las organizaciones profesionales y del Estado, también tienen el deber de organizarse y de ayudarse mutuamente, a fin de evitar todo atentado a su libertad, ya venga éste de cuadros profesionales, ya de instituciones estatales.

* * *

La acción así recomendada exige la presencia activa de los cristianos en la masa de las familias francesas, presencia que puede manifestarse mediante agrupaciones propiamente católicas o en el seno de asociaciones neutras.

La acción familiar militante supone a su vez una espiritualidad sólida y profunda, verdaderamente familiar. Esta espiritualidad necesita una base doctrinal, fundada en la experiencia de las familias y en la reflexión de los teólogos. Nunca se estimulará lo bastante la investigación filosófica y teológica sobre la familia.

La espiritualidad adaptada a la existencia y a la acción familiar se ha de difundir normalmente por medio de los grupos de acción católica de adultos, tanto de la A. C. general como de la especializada. Se ha de vivir y expresar también por los "grupos matrimoniales" que lejos de encerrarse en sí mismos, han de orientar sus adherentes hacia una acción militante en las instituciones de la sociedad.

Así, los católicos sociales fieles a su tradición casi centenaria, continuarán siendo buenos servidores de la familia, como quieren serlo de la patria, de la comunidad internacional y de la Iglesia, en el seno de las cuales se sitúan las familias, distintas e integradas a la vez según el plan divino para el desarrollo del amor en la humanidad.

Frente
al mundo de hoy

Mensaje

UNA VOZ CRISTIANA,
INTERPRETE DE LAS
INQUIETUDES
INTELECTUALES
ACTUALES.

•

VISION DE LOS GRANDES
PROBLEMAS RELIGIOSOS,
FILOSOFICOS, SOCIALES,
ECONOMICOS, ARTISTICOS.

•

UN COMENTARIO DE
LOS ACONTECIMIENTOS
MUNDIALES
SOBRESALIENTES
TRATADO CON SERIEDAD
Y HONRADEZ.

•

ORIENTA,
MARCA RUMBOS,
ABRE MAS AMPLIOS
HORIZONTES.

•

NO ES UNA REVISTA MAS:
ES UN MENSAJE
CRISTIANO,
FRENTE AL MUNDO
DE HOY.

S. B. J.: "Les escribo para comunicarles lo que he oído: algunos piensan que *Mensaje* debería ofrecer a sus lectores trabajos profundos sobre temas de alta espiritualidad, o bien estudios serios de otras materias. A mi modo de ver, los que así piensan están equivocados. Ustedes con la orientación que han sabido dar a *Mensaje* han dado en el clavo con lo que nuestra clase culta necesita en el momento actual. No cambien. *Mensaje* responde perfectamente a una verdadera necesidad del público chileno; esto lo he podido constatar a través del país y en conversaciones con diversas personas."— (lector de Santiago).

—Mucho le agradecemos sus palabras de aliento. Creemos que el P. Alberto Hurtado con mucho acierto supo imprimir en Mensaje *el rumbo que hemos tratado de continuar. Usted nos confirma en nuestra opinión.*

S. H. S.: "Muy interesante me ha parecido el número dedicado al problema de la vivienda (se refiere al de septiembre, 1957). Esos ejemplos de Francia ("Movimiento de Ayuda para la Vivienda") e Inglaterra ("Las ciudades nuevas en Inglaterra") son muy aleccionadores. Ojalá despierten ellos generosas iniciativas acomodadas a nuestra situación chilena. Estoy convencido que si todos los chilenos cooperásemos, el problema de la vivienda estaría resuelto. Los países europeos a pesar de las dificultades provenientes de la muy elevada densidad de población y de las destrucciones que dejó la guerra, están en el camino de una franca recuperación en este punto. El Gobierno, las Instituciones Semifiscales y privadas, y los favorecidos con bienes de fortuna tienen en esto una responsabilidad social inmensa."— (suscriptor de Santiago).

U. A. A.: "Es sugestivo observar en las páginas de *Mensaje* una verdadera libertad intelectual que en definitiva es una lección práctica, a quienes sin conocer a la Iglesia, emiten opiniones que la hacen aparecer como instrumento de opresión de las ideas."— (suscriptor de Valparaíso).

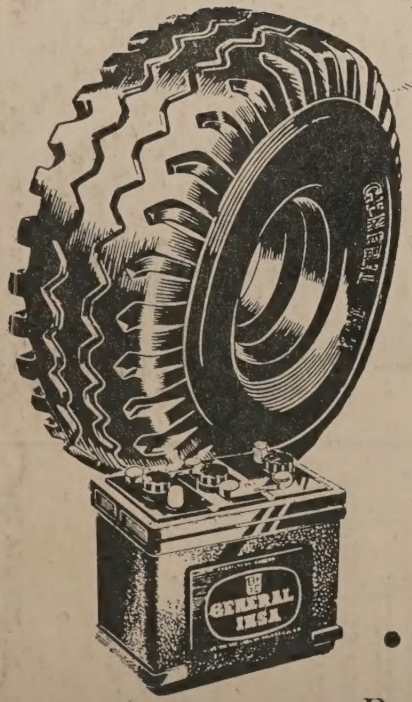
J. M. Ll.: "Le quedaría muy agradecido si me enviase el número de *Mensaje* del mes de agosto, donde aparece el artículo titulado "La Miseria Actual", escrito por el Abbé Pierre. Me pareció de primera calidad por lo claro y sincero. Se exponen verdades que no se quieren oír a pesar de ser tan evidentes y tan apremiantes."— (lector de Buenos Aires).

—Con mucho gusto accedemos a su pedido. La última Conferencia Económica de Buenos Aires ha venido a confirmar lo que decía el Abbé Pierre. "El poderío se empleó para defender la libertad y la justicia política, ¿por qué no para defender la libertad y la justicia social?" Decepciona la ceguedad y el egoísmo de los occidentales. "El materialismo que en la vida práctica muestra el occidental, decía un dirigente norteamericano, es mayor que el materialismo del comunista"... Poseemos la verdad, pero no vivimos nuestra doctrina."

V. R. G.: "Respecto al número de septiembre, algunos amigos han encontrado que se insiste demasiado en el tema de la vivienda. A mi pobre entender creo que ustedes han hecho una labor digna de alabanza al poner en relieve la suma gravedad del problema y al sugerir, con el ejemplo de otros países, soluciones orientadoras. Tal vez nosotros nos hemos acostumbrados demasiado a la miseria y ya no nos impresiona; vivimos lejos de las callampas."— (suscriptor de Santiago).

—Precisamente se pretendió llamar la atención sobre este problema gravísimo y de tantas consecuencias para la vida material y espiritual de nuestra población. Además Mensaje *no podía dejar de hacerse eco de las llamadas tan apremiantes de sectores tan variados de la opinión pública como son la Cámara Chilena de la Construcción, el Colegio de Arquitectos, el Parlamento, el Episcopado Nacional, etc, que este mismo año han presentado la falta de habitación como una "catástrofe nacional."*

SERVICIO
EN TODO EL PAIS



- *Baterías*
- *Neumáticos*
- *Productos Industriales*

INSA
GENERAL
INSA

ESCUELA TIPOGRAFICA SALESIANA